
LA VIDA DE HERODES

Personas que hablan en ella:

- **ANTIPATRO, rey viejo**
- **FASELO, su hijo, príncipe**
- **HERODES, su hermano**
- **SALOMÉ, infanta**
- **JOSEFO**
- **MITILENE**
- **AUGUSTO César**
- **HERBEL**
- **HIRCANO, rey viejo**
- **ARISTÓBULO, príncipe**
- **MARIADNES, infanta**
- **ELIACER**
- **EFRAÍM**
- **TIRSO, pastor**
- **PACHÓN, pastor**
- **FENISA, pastora <LI**
- **Una JUDÍA**
- **Un VERDUGO**
- **ZAFIRO**
- **JABEL**
- **BATO**
- **LISENO**
- **NISO**
- **Una MUJER**
- **PASTORES**

ACTO PRIMERO

*Salen ANTIPATRO, viejo, JOSEFO, FASELO y
SALOMÉ, dama*

JOSEFO: Después de besar tus pies,
 que en el humano teatro
 siempre, invencible Antipatro,
 pisando coronas ves;
 porque a la Fortuna des
 las gracias de tu grandeza
 y porque estimes la alteza
 de tus inmortales glorias,
 en premio de tus vitorias
 te da el Amor su belleza.

 Contra su rueda voltaria
 has triunfado de Idumea,
 conquistado a Galilea
 y sujetado a Samaria;
 y porque con dicha varia
 la vejez que se te atreve
 al templo tus triunfos lleve
 del tiempo inmortal tesoro,
 hijos te dio en siglos de oro
 restauración de tu nieve.

 Dióte al príncipe Fasele,
 fénix nuevo en quien se ve
 tu imagen, y a Salomé,
 bella exhalación del cielo;
 dióte a Herodes, que en el suelo,
 mientras a Alejandro imita,
 para que con él compita,
 y el mundo admire su fama,
 en vez de Alejandro llama
 a Herodes Ascalonita.

 Filipo al nacerle un hijo

asombro de Babilonia
 y blasón de Macedonia,
 que era venturoso dijo,
 no tanto porque predijo
 en él su gloria real,
 cuanto porque en tiempo tal
 Aristóteles vivía,
 porque a su filosofía
 su valor hiciese igual.

Pero tú con más certeza
 decirlo puedes mejor,
 pues cría a un tiempo el Amor,
 si hijos tú, Judá belleza;
 que si la naturaleza
 hace con ellos seguras
 de Dios en vivas figuras
 imágenes naturales,
 suerte es que para hijos tales
 te dé tales hermosuras.

ANTIPATRO: Tú seas, Josef, venido,
 a nuestro Ascalón con bien,
 pues que de Jerusalén
 tales nuevas me has traído.
 Sagaz medianero he sido
 con el senado romano
 para entronizar a Hircano,
 que ya sepultaba el ocio,
 en el reino y sacerdocio
 que quiso usurpar su hermano.

Rey y sacerdote sumo
 su Jerusalén le llama,
 y en altar de Thimiama
 aromas ofrece en humo,
 reinando por mí, presumo,
 si agradecido repara
 en mi amistad noble y clara,
 que estimé por justa ley
 juntar sacerdote y rey,
 la corona a la tiara.

Descendiente generoso

es de Judas Macabeo,
 que al linaje Asamoneo
 dio blasón limpio y glorioso;
 el sacerdocio piadoso
 que honró en el desierto a Arón,
 propagó su sucesión
 contra ambiciosos engaños
 por ciento y setenta años
 de varón siempre en varón.

Ilustrar mi descendencia
 con renombre soberano
 y emparentar con Hircano
 apetece mi experiencia.
 A Mariadnes, excelencia
 de cuanta belleza ha habido,
 para el príncipe he pedido,
 como Aristóbulo dé
 con la mano a Salomé
 envidia al amor y olvido.

De Hircano hijos los dos son,
 como Salomé y FASELO
 míos, si permite el cielo
 darme en ellos sucesión,
 del alcázar de Sión
 poseerán el solio real
 y con ventura inmortal
 gozará sangre idumea
 mezclándole con la hebrea
 un reino sacerdotal.

Si esto Hircano me concede
 largas albricias me pide.

JOSEFO: No sólo a tu gusto mide
 el suyo, pero aún le excede.

Dále a FASELO un retrato

Sacar de esta copia puede
 el príncipe que se nombra
 su esposo, si no se asombra

la luz que su cielo da,
 qué tan bello el sol será
 siendo tan bella su sombra.

A SALOMÉ otro

Mire en éste vuestra alteza
 a Aristóbulo en bosquejo.

SALOMÉ: Hermoso asombro, Josefo.

JOSEFO: No pudo la sutileza
 del pincel en tal belleza
 ostentar más su primor,
 y aunque honrando a su pintor
 Apeles se ha aventajado,
 con ser éste su traslado
 parece su borrador.

Aquí sólo no permite
 la naturaleza sabia,
 por más que el arte la agravia,
 que sus estudios imite;
 porque ni el oro compite
 con sus cabellos, ni toca
 su frente el cristal de roca,
 ni hay clavel, rosa o jazmín
 que se opongan al jardín
 de sus mejillas y boca.

Vueltos aquí barbarismos
 los hipérboles verás,
 porque estos dos son no más
 hipérboles de sí mismos;
 de libertades abismos,
 por no llamarles prisión,
 y milagrosa lección
 donde tomó en sus trasuntos
 la Naturaleza puntos
 para leer de ostentación.

FASELO: No lisonjero procedes
 en su alabanza, si es cierta
 la fama con que despierta

Amor almas y armas redes;
 pues no estiman las paredes
 reales soberbios ornatos,
 ni en doseles y aparatos
 funda la ambición sus galas,
 mientras no adorna sus salas
 con estos bellos retratos.

Egipto dé testimonio,
 pues sabe bien que idolatra
 en Aristóbol Cleopatra,
 en Mariadnes Marco Antonio.
 ¡Oh lazos del matrimonio
 que por mi amor habéis vuelto!
 A seguir estoy resuelto
 vuestra recíproca ley
 adonde el esclavo es rey
 y cautivo el que anda suelto.

SALOMÉ: Yo, bellísimos despojos,
 no os hablo, que estoy en calma,
 mientras la lengua y el alma
 se trasladare a los ojos.
 Si quitáis, pintado, enojos,
 ¿qué haréis, príncipe, presente?
 Calle el alma lo que siente
 porque sienta lo que calla,
 que amor que palabras halla
 tan falso es cuanto elocuente.

Sale HERODES, bizarro, a lo soldado

HERODES: A tus pies, invicto padre,
 trofeos mis dichas postran,
 si imitación de tus hechos,
 primicias de tus victorias;
 que, puesto que comparadas
 a las tuyas, serán pocas
 las de Alejandro en Asiria
 y las de Aníbal en Roma,
 por ser las primera, creo

que antepondrás a las propias
las alabanzas de un hijo
enigma de tus memorias.
Salí de Ascalón, mi patria,
cuando el toro que hurtó a Europa
en oro pagaba al sol
un mes de hospicio y lisonjas,
y con doce mil soldados,
feliz número si notas
que con otros tantos puso
freno al Asia Macedonia,
cerqué a Pacono en Petrea;
Pacono, aquél con que asombran
los partos las cuatro letras
que Craso en Grecia enarbola.
Y de su madre sacando
al Ganges, porque se corra
que en los brazos de su madre
un hijo tan viejo corra,
guiado por el silencio,
una noche oscura y sorda,
restituí a sus cristales
sangre, que aumentó sus olas.
Y degollando a su rey,
el alma, que iba a la boca,
saliendo por la garganta
la jornada halló más corta.
No perdoné ningún sexo;
lirio cano, joven rosa,
caña humilde, roble fuerte,
madre casta ni hija hermosa.
Pero donde se ve más
mi venganza victoriosa
fue en la pueril inocencia,
pues de las madres piadosas
arrancando tiernos hijos,
mostré que mi sed provoca
sangre en leche de inocentes
medio blanca y medio roja.
Bajé a Armenia desde allí,

y destruyendo sus tropas,
en púrpura de sus venas
teñí sus listadas tocas.
Encastillóse su rey
en un castillo, una roca
tan alta, que su cabeza
coronó del sol la zona.
Era de peña tajada
y con una entrada sola
tan inexpugnable y fuerte,
que haciendo dificultosa
su conquista, aseguraba
al rey la vida y las joyas
que atesoró en su homenaje
la codicia temerosa.
Pero como el interés
tiene alas, sus puertas rotas,
sirvió de escala una pica
por donde subió la honra.
Y franqueando las llamas
la entrada a mi gente heroica,
retrató el fuego en Armenia
venganzas griegas de Troya.
Di a saco la fortaleza,
y mientras el metal roban
que la codicia persigue,
aunque más el sol la esconda,
despeñando al rey armenio,
quedaron las peñas toscas
cada cual con un pedazo,
que también ellas despojan.
Bañado en sangre enemiga,
cantando el valor vitoria
a las voces destempladas
de los míseros que lloran,
entré en una galería
que por treinta claraboyas
de alabastro, jaspe y mármol
los bastidores de Flora
enamoras miraban,

y en los cristales que adorna
con marcos de primavera,
se retratan majestuosas.
Colgaban de sus paredes
cuadros, en lugar de joyas,
si desvelos del pincel
emulación de la gloria,
pues retratando bellezas
refrescaban la memoria,
tal del milagro de Chipre
y tal de la virgen diosa.
Allí la griega robada,
si del pastor robadora,
que hurtó en las huertas de Venus
la manzana a la discordia,
a amor y aborrecimiento
provocaba a las historias,
por liviana aborrecible,
y adorada por hermosa.
Allí al honor consagraba
la, tarde cuerda, Matrona,
Tarquinos atrevimientos,
recuerdos tristes de Roma.
Y allí, en fin, la hermosa reina
que África estima y adora,
holocausto de sí haciendo,
dejaba ejemplos a Porcia.
Pero, entre tantas bellezas,
la que por fénix de todas
gozaba el lugar supremo
en la mitad de la lonja
era una hermosa judía,
perdone el dios de Helicon,
que no igualó a su hermosura
la ninfa que le corona.
Bien pudo Dina a Sichén
ser tragedia lastimosa,
librar Judith a Bethulia
del furor de Babilonia,
hacer Raquel que Jacob

juzgase distancia corta
catorce años de servicio,
poner a Amán en la horca
el casto hechizo de Asuero,
precipitar vitoriosa
Bersabé al profeta rey,
que aun cantando creo que llora,
y, en fin, bien pudo rendir
las letras, que el Amor postra,
del rey pacífico y sabio
la hermosura de Etiopía.
Mas con éstas comparada
es lo que el sol con la sombra,
con la ciencia la ignorancia,
con la verdad la lisonja.
Supe quién era, aunque callo,
porque la lengua no osa
dar celos al corazón,
que los tendrá si la nombra.
Y como una alma pintada,
dejando en prendas la propia,
salí de mí y del castillo
sin libertad ni memoria.
Doce mil hombres llevé,
y con ellos vuelvo agora
sin que falte, padre invicto,
ni de su sangre una gota.
Sola una alma vuelve menos
que por los ojos me roban,
para ofrecer a su origen
su más que divina copia.
Triunfa en Ascalón con ellos,
pisa reinos, trofeos goza,
premia heridas, honra hazañas,
haz mercedes, da coronas,
y a mí licencia que busque
en premio de esta vitoria
un alma que, fugitiva,
es vencida vencedora.

ANTIPATRO: No hallo coronas a tu nombre iguales,
 hijo invencible, que tu fortaleza
 premien mejor que abrazos paternos;
 ceñir tu cuello en vez de tu cabeza
 las cívicas no bastan, ni murales,
 ni cuantas dio de Roma la grandeza
 a la ambición que eternizó su fama,
 puesto que junte al oro, al roble y grama.

Conquista reinos que dichoso goces,
 gana blasones que te inmortalicen,
 plumas tu fama añadida que veloces
 el valor te aseguren que predican,
 y mientras la Fortuna que conoces
 en tu favor los tiempos autoricen,
 antes que acabe el círculo su rueda
 un clavo al eje pon, y estará queda.

Si enamorado vuelves, no me espanto,
 que Marte y Venus al amor producen,
 pues sus hazañas triunfarán en tanto
 que sus aceros a sus llamas lucen.
 Tus dos hermanos a su yugo santo
 dos cuellos dichosísimos reducen,
 los más hermosos que en su ardiente carro
 puso coyundas el Amor bizarro.

Hircano, rey y sacerdote sumo,
 al reino y templo que eterniza el Arca
 y a Dios da habitación en niebla y humo,
 entre las alas que el querub abarca,
 en premio del favor--según presumo--
 con que se ve sacerdotal monarca,
 sus dos hijos ofrece, luz del cielo,
 a tus hermanos Salomé y Faseló.

Importa que prevenga su partida
 por lo que el nombre ganará idumeo,
 si a la corona aspira apetecida
 que restauró a su sangre el Macabeo.

Vase ANTIPATRO

SALOMÉ: Perdonas si no doy a tu venida,
 invicto hermano, a gusto del deseo
 parabienes retóricos, que duda
 de hablar quien ama agradecida y muda.

Vase SALOMÉ

FASELO: Yo, que sin alma todo me vuelvo ojos,
 salamandra de amor, vivo en su llama,
 puesto que ufano de que a tus despojos
 cinces del valor, plumas la fama,
 pues adoras del sol los rayos rojos,
 mi cortedad perdona, y con tu dama
 coteja esa belleza, aunque en pintura,
 y alaba, si no envidia, mi ventura.

Dale el retrato y vase FASELO

HERODES: ¿Si no envidio tu ventura?
 ¿Por qué ocasión? Mas ¡ay, cielos!
 ¿No es ésta de mis desvelos
 la causa? En esta pintura,
 ¿no se cifra la hermosura
 que mi libertad abrasa?
 Si con Fasele se casa
 y mis dichos tiraniza,
 celos, volad en ceniza
 mi padre, hermanos y casa.
 ¿Qué importa que quiera Hircano
 que se case con Fasele?
 ¿Es su padre Amor del cielo?
 ¿Es monarca soberano?
 Antes que le dé la mano
 cuando el corazón la di
 un nuevo Caín en mí
 verá Fasele mi hermano
 que no es padre cuerdo Hircano,
 ni rey; tigre hircano sí.
 Celos, que os habéis entrado
 al alma que atormentáis,

¿por qué vivo me abrasáis
 si es mi amor solo pintado?]
 El Amor os ha engendrado.
 Imitalde, pues procura
 cifrarse en esta figura;
 mas ay, que en tales motivos
 me da los tormentos vivos,
 y la esperanza en pintura.

Pero ¿de qué sirven, cielos,
 quejas y lamentos vanos,
 si el amor es todo manos
 y todo furor los celos?
 Lágrimas darán consuelos
 a cobardes esperanzas,
 como al olvido mudanzas,
 pero a injurias conocidas
 de pretensiones perdidas,
 no hay quejas como venganzas.

¿No ha abrasado mi valor
 la Armenia que he destruido?
 ¿Pues es bien que sea vencido
 en mi casa y vencedor?
 ¡Muera mi hermano traidor
 y mi padre, pues que pasa
 las leyes que mi amor tasa,
 porque yo con ellas muera!
 ¡Al arma, venganza fiera;
 al arma, asaltad mi casa!

Sale ANTIPATRO

ANTIPATRO: ¿Qué tienes, hijo, qué es esto?

HERODES: Quejas son a que me incitas
 crüel. ¿Es bien que permitas
 el tormento en que estoy puesto?
 Cuando a tus pies manifiesto
 reinos al romano iguales,
 ¿así a recibirme sales,
 y estos triunfos me previenes?

En lugar de parabienes
me recibes para males.

¿Tú eres mi padre y desdices
del amor que te ha obligado?
Miente el ser que tú me has dado
y mientes tú si lo dices.
Hoy llorarás infelices
mis años, padre crüel.
Ciprés en vez de laurel
Amor a mis sienes ata,
pues si a otros con flechas mata,
a mí con sólo un pincel.

ANTIPATRO: ¿Estás en ti?

HERODES: Estoy sin mí,
sin ser, sin alma, sin vida,
sin cuerpo. Sombra fingida
soy; no más de lo que fui;
pero ¿qué te importa a ti
que yo tenga seso o no?
Quien el alma me quitó,
¿cómo mi padre será?
Ser el padre al hijo da;
mi ser por ti pierdo yo.
Pues si no te debo nada,
¿qué me quieres? Déjame.
Una alma perdí, y hallé
otra alma, pero es pintada.
Mátame. Saca esa espada;
más--¡ay, padre!--que estoy loco.
Si a lástima te provoco,
piadoso mi mal escucha;
mas no, que es mi pena mucha
y tu sentimiento poco.
Pero de mi poco seso
está, padre, reducida
la restauración y vida
en esta mano que beso;
que te he agraviado confieso,
mi remedio y salud trata.
¡Ay, mano crüel e ingrata!

¿Cómo a los labios te llego,
 si de ti ha nacido el fuego
 que mi esperanza maltrata?

Huyendo de los engaños
 con que darme muerte quieres,
 me voy, tirano, no esperes
 remozar en mí tus años.

Padres serán los extraños,
 [-er]

pues tú lo dejas de ser;
 no soy tu hijo desde hoy,
 alma en pena, sí, que soy
 de una pintada mujer.

Vase HERODES

ANTIPATRO: ¿Qué locuras serán estas
 que en confusión me han dejado?
 ¿Qué hechizos, hijo, te han dado
 que en llanto envuelve mis fiestas?

De tus acciones opuestas
 solamente he colegido
 que habiendo el seso perdido
 anuncias mi desventura.

¿En qué retrato o pintura
 dices que te has convertido?

Ya llamándome tirano
 riguroso te despides;
 ya, humilde, perdón me pides
 con los labios en mi mano;
 culpas me imputas en vano,
 que ignoro y saber deseo;
 o estás loco, o lo que creo
 por más cierto, estás celoso,
 que Amor con celos furioso
 las formas hurta a Proteo.

Si porque al príncipe caso
 con Mariadnes se agravió,
 si fue el retrato que vio

de su libertad ocaso.
 ¡Oh, Amor liberal y escaso!
 Ya mal podré remediarte,
 por más que intente curarte,
 si es el daño que recelo,
 porque a casarse Faseló
 a Jerusalén se parte.

Pues tienes alas, volaras,
 que en la presteza dispuso
 tu dicha, quien te las puso,
 y sus celos remedaras.
 Culpa tus plumas avaras
 y no a mí, ciego tirano,
 que cuando celoso, en vano
 pierda a Herodes, me consuelo
 del reino que por Faseló
 a mis sucesores gano.

*Vase ANTIPATRO. Salen HIRCANO, y ELIACER
 vistiéndole*

HIRCANO: Al rey de Tiro agradezco
 su embajada y petición,
 mas llega en mala ocasión
 cuando al príncipe la ofrezco
 de Idumea, por quien reino.
 Es mi amigo y comarcano,
 díome el senado romano
 por su intercesión el reino.
 Hame pedido a mi hija
 para esposa de Faseló.
 Nuestra ley guarda, y el cielo
 me aconseja que le elija.
 Aristóbulo también
 a Salomé su hija hermosa,
 ha nombrado por esposa,
 y alegre Jerusalén
 su entrada espera festiva,
 pues desde su puerta santa

arcos y estatuas levanta
y antiguos muros derriba.

Esto al rey de Tiro di,
y al de Sidón, que me pesa
no admitir de la princesa,
su hija, la mano, y "sí"
para Aristóbulo, en fe
de lo que la estimo y quiero;
adelantóse primero
el amor de Salomé
y ganóle por la mano
la mano que le apercibe.

Lo mismo, Eliacer, escribe
al rey de Persia, Artabano.

A la infanta de Corinto;
al rey de Libano, Hirán,
y a todos cuantos están
dentro el ciego laberinto
del amor de mis dos hijos;
y en fe de casar con ellos,
por generosos y bellos,
son pretendientes prolijos,
que siendo no más de dos
mal tantos yernos tendré.

ELIACER: Liberal contigo fue
en hijos y en reinos Dios.

Rey Sacerdote te ha hecho
y el primero a quien ampara
con la corona y tiara
tu honra y nuestro provecho.

Dos hijos también te ha dado,
milagros de la hermosura,
con quien el cielo procura,
eternizando tu estado,
premiar de tus ascendientes
el celo con que ampararon
la ley que nos restauraron
los Macabeos valientes.

El reino y los hijos goces
siglos por años, señor.

HIRCANO: ¿Dónde están?

ELIACER: Dando al Amor

y fama plumas y voces.

Como la belleza cría
Amor, y tan bellos son,
con inseparable unión
y amorosa compañía
uno con otro retrata
un Géminis que en el suelo,
avergonzando al del cielo,
usurpar su signo trata.

A caza querían salir
por dar luz a este horizonte,
y los caballos del monte
mandaban apercebir.

Sale EFRAÍM

EFRAÍM: Sal a uno de los balcones

que honran tu parque, señor;
que si en él los ojos pones,
verás confuso el Amor
en iguales opiniones,
y a los dos príncipes bellos
en dos caballos, y en ellos,
Xantho y Pyrois transformados,
por más que a su sol atados
procura el sol detenellos.

Bordados caparazones
portátiles tronos son
cuyas verdes guarniciones
labró Flora a imitación
del campo hermoso a jirones.

Las crines entre distintas
lazadas, si al mayo pintas
que su tienda sale a abrir,
no harás poco en distinguir
si son flores o son cintas.

Ni el oro, aunque más presuma

en los jaeces mostrar
valor en suma, sin suma,
se podrá desestimar
del esmalte de su espuma.

Los dos, en fin, muestras dan,
uno bayo, otro alazán,
cuán bien se les medra y luce,
que si el viento los produce
los apacienta el Jordán.

Los dos hermanos sobre ellos,
suelos al sol los cabellos,
robando almas y dando ojos,
para que los suyos rojos
trence envidioso de vellos.

Gabanes de verdemar
honran, que el oro guarnece,
dando a Amor que recelar,
que en mar que esperanza ofrece
no es cordura confiar.

Con cuchillos damasquinos,
cuya hermosa guarnición
al sol puede ofrecer signos,
pues, cuando no estrellas, son
sus piedras esmaltes finos,
y de plumas tanta copia
que entre ellas la fama propia
fácilmente se ofusca,
pues si Faetón las llevara
no fuera negra Etiopia.

Dos sacres llevan ufanos
que, en lugar de las pigüelas,
grillos de sus pies livianos,
habrán menester espuelas
para salir de sus manos,
pues ni águila ni garza real
les podrá dar presa igual
cuando la sigan traviesos
como la que gozan presos
a alcándaras de cristal.

De esta suerte, porque iguallen

pasatiempos con cuidados,
 que por los montes señalen
 de cazar almas cansados,
 a caza de fieras salen.

Gózate en ver tus vasallos
 mil bendiciones echallos;
 mas los dos llegan aquí,
 no sé si a volver por sí,
 pues yo no supe pintallos.

*Salen a caballo, y vestidos como EFRAÍM dijo,
 ARISTÓBULO y MARIADINES*

MARIADNES: Para la felicidad
 de nuestra caza, señor,
 y vuelta con brevedad,
 su bendición y el favor
 nos dé vuestra majestad,
 porque en tales ocasiones
 la Fortuna satisfecha
 honrará nuestras acciones
 si su mano real nos echa,
 en una, tres bendiciones:
 de sacerdote primero
 y pastor de nuestra ley
 que reverencio y prefiero,
 de padre y luego de rey
 con que buen suceso espero
 cuando volvamos los dos.

HIRCANO: Ya todas tres las gozáis
 Mariadnes bella, vos,
 pues que apacible os lleváis
 la mía, del pueblo y Dios.
 Garzas el viento embaracen
 sin que el neblí las dé enojos,
 que cuando el cielo amenacen
 no es mucho que vuestros ojos
 siendo garzos, garzas cacen.
 Y vos, Aristóbulo mío,

¿también salís a cazar?

ARISTÓBALO: Amor alienta mi brío.

No hay de cazar a casar
mucho; y pues me casas, fío
de mi ligera esperanza
empresas dignas de fe
contra el olvido y mudanza,
que si es garza Salomé,
más vuela Amor, pues la alcanza.

Dejad, señor, que la siga
el alma que en ella adora,
si una caza a la otra obliga.

MARIADNES: Ya, padre y señor, es hora.

HIRCANO: El mismo Amor os bendiga.

No os alejéis porque esté
alegre nuestro horizonte
si en sus cristales os ve,
que yo a la casa del monte
a recibiros saldré.

Vanse. Salen PACHÓN y TIRSO, pastores

TIRSO: En fin, ¿vos tenéis amor
a Fenisa?

PACHÓN: Mirad, tío,
yo no sé si es amorío,
si estangurria o si sudor.

Mas sea lo que se sea,
mi real, como dijo el otro,
en viéndola me quillotro
y el alma se me menea.

El pecho se me bazuca
y me dan ceciones luego;
si éste es amor doile al fuego,
que, pardiez, que es mala cuca.

Si vuesa edad no me endilga
lo que es esto, abrid la huesa
a Pachón.

TIRSO: Celera es ésa.

PACHÓN: Estoy hecho una pocilga
de celos, que por ser tercos,
ponerse siempre de lodo
y andar gruñéndolo todo
se comparan a los puercos.

TIRSO: Pues bien, y ella, ¿sabe acaso
que la amáis?

PACHÓN: Sí.

TIRSO: Bueno está;
y ¿habéisla hablado?

PACHÓN: Verá.
Pullas la echo a cada paso.

TIRSO: Pescudo si la habéis dicho
vueso amor.

PACHÓN: Por comparanzas,
tal vez hay, que entre otras chanzas
la declaro mi capricho.

TIRSO: ¿De qué modo?

PACHÓN: Daros quiero
cuenta de vuesa demanda.
Ya vos veis del modo que anda
el gaticinio en Febrero.
Estaba una gata bizca
con cierto gato rabón
allá en el camaranchón,
tan tierno él como ella arisca,
cual si les pegaran ascuas
diciéndose cada uno
en su lenguaje gatuno...

TIRSO: Sí.

PACHÓN: ...los nombres de las Pascuas.

Porque si explicaros quiero,
él siempre que maullaba
de maulera la llamaba
y ella con "fuf" de fullero.

En fin, con gritos feroces
andaban dando carreras,
que gatos y verduleras
sus faltas se echan a voces.

Escuchábalos Fenisa,

quizá envidiosa de verlos,
y yo, que iba a componerlos,
la manga de la camisa
 la así, porque no se escape;
y como el amor me afrige,
"miz," hociendo la dije,
pero respondiendo "zape,"
 me dio en la cara un aruño
que un carrillo me llevó;
agarréla entonces yo,
mas ella cerrando el puño
 escopir me hizo dos muelas
deshaciéndome el gallillo.

TIRSO: Hizo bien, porque un gatillo
de ordinario es sacamuelas,
 y ese fue lindo favor.

PACHÓN: ¿Lindo? A otros dos si me toca
me ha de despoblar la boca;
pero otro me hizo mayor.

TIRSO: ¿Mayor, cómo?

PACHÓN: Hué al molino,
y yo tras ella, antiyer;
y acabando de moler
llegué a cargarle el pollino.
 Y él cuando el costal le pongo
dos yemas sin clara echó,
y a la primera que vio
dijo, "¡Papaos ese hongo!"
 Yo, como la vi burlar,
las manos la así y beséselas,
y apartómelas y apartéselas,
y volviómelas a apartar.
 Tiróme una coz después,
pronóstico de una potra,
y yo tornándole otra
jugamos ambos de pies.
 y volviendo a porfiar,
volvióme dos y aparéselas,
y tirómelas y tiréselas,
y volviómelas a tirar.

TIRSO: ¿Qué más quieres si conoces
 que te hace tanto favor?

PACHÓN: Dad al diablo, tío, el amor
 que entra a pellizcos y coces.

Sale FENISA

FENISA: Valga el dimonio la gente
 y quien acá la envió.

PACHÓN: Ésta es mi Fenisa.

FENISA: ¡Yo,
 que te estriego!

*Llégase a ella y FENISA le da una
 COZ*

TIRSO: Impertinente,
 dila, si casarte tratas,
 que tenga de ti mancilla.

PACHÓN: Llegad vos a persuadilla
 que tenga quedas las patas.

FENISA: ¡Oh! ¿Es mi tío?

TIRSO: Pues ¿con quién
 gruñís?

FENISA: Con el diablo gruño.

PACHÓN: Burlaos con ella.

FENISA: El dimuño
 sacó de Jerusalén
 aquestas damas machorras
 que, olvidando los chapines,
 andan corriendo rocines,
 cazando gangas o zorras.
 Y con unos pajarotes
 tan grandes como milanos
 que atados traen en las manos
 con borlas y capirotes,
 no han dejado lino a vida.

TIRSO: Nuesos príncipes serán

que a volar garzas saldrán.

FENISA: Yo vengo tan aburrida,
que quizá el diablo los trajo
acá. Si la honda descieño...

PACHÓN: ¡Mirad vos qué lindo aliño
de decirla un resquebrajo!
Fenisa, vuestos hocicos
me traen tan emberrinchado
desde que antiyer al prado
llevábamos los borricos,
que como amor me provoca
hoy he dado en retozón.

FENISA: ¡Yo, que te estriego, Pachón!

Dale un mojicón

PACHÓN. ¡Ay!

TIRSO: ¿Dónde te dió?

PACHÓN: En la boca,
machucádomela ha toda.
A este andar, si no que os duela,
no ha de haber diente ni muela
para el día de la boda.

Salen HERODES y JOSEFO

HERODES: No la gozará Fasele,
por más que lo intente Hircano,
aunque del primer hermano
renueve agravios el cielo.

JOSEFO: Si ya se la ha prometido,
¿cómo estorballo podrás?

HERODES: Loco estoy y necio estás;
amor que no se ha adquirido
con dificultad no sé
que tenga estima ni fama.
Veré mañana a mi dama;
mi hermano la pintaré
de suerte que lo aborrezca.
Diré que es desagradable,

descortés, tosco, intratable,
 y porque mal le parezca,
 como tú el fin me acredites,
 pintaré en él el extremo
 de un esposo, un Polifemo,
 de un Coricleo, un Tersites.

Pero ¿qué gentes son éstas?

JOSEFO: Rústicas de estas montañas,
 cuyas pajizas cabañas
 desprecian cortes compuestas.

HERODES: ¿Cuánto está Jerusalén
 de aquí, buen hombre?

PACHÓN: Una legua
 que se la papa mi yegua,
 señor, en un *sancti amén*.

Mas ¿para qué lo pescuda
 si viene a cazar de allá
 con la infanta?

HERODES: Pues ¿está
 la Infanta aquí?

PACHÓN: ¡Buena duda!

FENISA: En un caballo sobida,
 como hombre desparrancada,
 a la jineta ensillado.

PACHÓN: Tomárala yo a la brida.

FENISA: Nos trae puestos en rencilla
 de verla así cada vez,
 si deja la doncellez
 la infanta sobre la silla.

HERODES: Y vos, serrana de plata,
 ¿vivís aquí?

FENISA: Desde hoy más.

PACHÓN: Quítese él de detrás
 que es falsa de aquesa pata.
 Guárdese que no le borre
 de un golpe el encaramiento.

JOSEFO: Sobre un caballo del viento
 vuela un cazador o corre.

Ruído de dentro, cono que corre un caballo

TIRSO: Será el príncipe, que hoy
vuela garzas por aquí.

Voces dentro

¡Tener, tener!

HERODES: ¿Cayó?

JOSEFO: Sí.

MARIADNES: ¡Válgame Dios, muerta soy!

HERODES: ¡Terrible golpe!

TIRSO: No mueve
pie ni mano.

HERODES: A darle ayuda
me manda el amor que acuda.

Éntranse HERODES y JOSEFO

FENISA: Mas que el diablo se la lleve,
que así mis linos maltrata.

PACHÓN: Si él vuestos sembrados pisa
no os venguéis en mí, Fenisa,
apartad allá la pata.

*Saca HERODES a MARIADNES desmayada en los
brazos*

HERODES: Pastores, sentid conmigo
hoy la pérdida mayor
que pudo hacer el Amor.
Llamadme, si es que os obligo,
venturoso, desdichado,
en el hallazgo que he hecho.

FENISA: Que es el príncipe sospecho.

PACHÓN: Mas ¿si se ha descalabrado?

FENISA: No es sino la hermosa infanta

de Jerusalén.

HERODES: Si muere,
ni el sol dar vueltas espere
a su hermosa esfera y santa,
ni en sucesión infinita
piense la naturaleza
eslabonar su belleza
cuando la mayor nos quita,
que del fuego que amenaza
en el diluvio segundo
la destrabazón del mundo
llegó al término.

FENISA: Esta caza
dola al diablo, nunca ha hecho,
si este bien, a los que engaña.

TIRSO: En esta pobre cabaña,
aunque grosero, hay un lecho:
de heno y paja está lleno,
echadla sobre él, señor,
que toda hermosura en flor
viene a rematar en heno.

HERODES: Decís bien. ¡Ay suerte incierta!
¡Qué avarienta os me mostráis,
pues la dicha que me dais
o es pintada o medio muerta!

Llévala HERODES

PACHÓN: ¡Por Dios que es desgracia extraña!

FENISA: ¿Quién diablos la metió a ella
en andar, siendo doncella,
corriendo por la montaña
a caza sobre un rocín?

TIRSO: La mujer, si es recogida,
no ha de tener más caída
que la de un bajo chapín.

FENISA: Metióse en oficio ajeno,
tomóse lo que la vino;
que lo que pecó en mi lino

lo paga ahora en mi heno.

PACHÓN: ¿No será bien avisar
a los que, desparramados,
andan por montes y prados
y vinieron a cazar
con ella, que a remediarla
acudan? No se nos muera
entre manos

TIRSO: Bueno fuera
que aquí viniesen a hallarla
y nos pidiesen su muerte.

PACHÓN: ¡Oste puto! A avisar voy
al reye.

FENISA: Yo también soy
de tu opinión.

PACHÓN: De esa suerte
tú a los cazadores llama,
yo iré a Jerusalén.

TIRSO: Yo voy contigo también,
que si se muere en mi cama
antes que se certifique,
mos tiene de acrebillar
el reye.

FENISA: No hay que dudar,
por Dios, que nos crucifique.

Vanse. Salen HERODES y JOSEF

HERODES: Esperanza da de vida,
puesto Josefo que poca,
a lo menos con su boca,
temiendo la despedida
del alma, la mía sellé
para que, cuando saliera
en aura, no se me huyera,
porque cuando imaginé
que bebiéndola el aliento
el alma, que salir duda,
fuera huésped que se muda

de uno en otro aposento.

Debiólo de echar de ver,
y temiendo sus agravios,
cerró el recelo los labios
y volvió a retroceder
al corazón, donde ordena
vivir de asiento y me abrasa,
porque, dueño de tal casa,
¿cómo vivirá en la ajena?

Ve por agua, mi Josefo,
podrá ser que vuelva en sí.

JOSEFO: Harélo, señor, así.

Amante y solo te dejo.

Que traiga el agua querrás
de las más lejas corrientes
que dan cristal a sus fuentes,
para que me tarde más.

Voy, pues, que no es de perder
por mí lo que tu amor fragua.

Yo volveré con el agua
cuando no sea menester.

Vase JOSEFO

HERODES: Alma, agora sí que os veis

en más confusa porfía.
Al amor y cortesía
en competencia tenéis.
La ocasión porque gocéis
lo que vuestra fe merece,
a vuestra dama os ofrece;
cuando contra la esperanza
la nobleza y confianza
la defiende y favorece.

Enamoróme pintada,
y la ocasión y ventura
me la dan casi en pintura,
pues me la dan desmayada.
La cortedad es culpada

en quien se precia de amar,
mal el Amor podrá usar
finezas hoy cortesanas.
Entre cabañas villanas
la ocasión entro a gozar.

Pero, Amor, si no os reporto,
mi nobleza os culpará
preciar de cortés, pues va
poco de cortés a corto.
No por un deleite corto
intenté perder así
los blasones que adquirí;
detened el paso, Amor,
que no hay vitoria mayor
como es el vencerse a sí.

Mas si pierdo por cortés
la ocasión, ¿volveré a hallalla?
No, que el tesoro que uno halla
en el campo, suyo es.
Si tengo derecho pues,
al que aquí acabé de hallar
y me le viene a quitar
Faselo en mi menosprecio,
en perderle seré necio.
La ocasión entro a gozar.

Mas no gozo, si lo advierto,
sino como Pigmaleón,
una estatua sin acción.
Volved en vos desconcierto;
que gozar un cuerpo muerto
será brutal frenesí;
la vida cortés la di,
dadla también el honor,
que no hay hazaña mayor
como es el vencerse a sí.

Obligaréla cortés,
si sabe que he refrenado
apetitos al cuidado,
ganancias al interés.
Para asegurarla, pues,

mudarme intento el vestido
 por el de pastor fingido,
 ya que asegurarla quiero,
 que en viéndome caballero
 ha de juzgarme atrevido.

Trajes vi de cazadores
 colgados en la cabaña,
 haced hoy en mí--¡oh montaña!--
 transformaciones de amores.
 No paguéis en disfavores
 cortesanas cortedades,
 que, si en estas soledades
 no me ayudáis, siendo dios,
 formaré quejas de vos
 y no me fiaré en deidades.

Vase. Sale MARIADNES

MARIADNES: ¡Cielos! ¿Quién me trajo aquí
 y entre estos bárbaros techos,
 en una cabaña pobre
 de aqueste modo me ha puesto?
 ¿Dónde están mis cazadores?
 El príncipe, ¿qué se ha hecho?
 ¿Cómo sólo me han dejado?
 ¿Si imaginan que me he muerto?
 Acuérdome que caí
 de un caballo que siguiendo
 una garza remontada
 iba imitando su vuelo,
 y, aguardando la vitoria
 de dos halcones soberbios,
 imaginé con sus plumas
 vender despojos al viento.
 Debíme de desmayar
 más del golpe que del miedo,
 y algún pastor que me vio
 me trajo y redujo al heno
 de su rústico descanso

pabellones opulentos.
Si esto es así, ¿dónde está?
¡Ay temerosos recelos!
¿Si han hecho afrenta a mi honor
villanos atrevimientos?
Yo mujer y sin sentidos,
descorteses y groseros
labradores licenciosos,
la ocasión vendiendo al tiempo
tesoros que la honra guarda.
Yo, sobre el humilde lecho
de una despreciada choza,
mis vestidos descompuestos,
ausente el que aquí me trajo,
conjeturad pensamientos,
mi desdicha y vuestro daño,
y dadme muerte si es cierto.
¿Quién duda que si violó
un cuerpo sin alma el dueño
bárbaro de este hospedaje,
que con las alas del miedo
huiría el justo castigo
encomendando al silencio
afrentas que ya la fama
esparcirá por los vientos?
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?
Mil veces maldiga el cielo
al inventor que los gustos
cifró en el errante vuelo
de un pájaro codicioso,
que entre leves pasatiempos
de plumas que lleva el aire,
Ícaro al honor ha hecho.
Mas de la misma cabaña,
sino del mal que sospecho,
parece que un pastor sale.
Hombre, ¿qué buscas adentro?

Sale HERODES de pastor

HERODES: Busco lo que hallando en vos,
 después que con vida os veo,
 ha de hacer, hermosa infanta,
 corte ilustre este desierto.
 Agua rosada salí
 a pedir a un arroyuelo
 que, coronado de rosas,
 les bebe el licor de Venus,
 para espantar el desmayo
 que de vuestro rostro bello
 tiranizaba las flores
 de Amor, que es su jardinero.
 Mas, ya que volviendo en vos
 la luz al sol habéis vuelto,
 la primavera a estos prados,
 las estrellas a estos cielos,
 para dar a la Fortuna
 justos agradecimientos,
 quisiera que me feriaran
 sus lenguas los lisonjeros.

MARIADNES: ¿Sabéis quién soy?

HERODES: Por mi dicha.

MARIADNES: ¿Quién me trujo aquí?

HERODES: Recelo
 si os lo digo, gran señora,
 que he de aguardar el contento.

MARIADNES: ¡Ay de mí! ¿Por qué ocasión?
 Temores, si salís ciertos,
 yo haré en mi vida injuriada
 lo que el desmayo no ha hecho.

HERODES: Corriendo sobre un caballo,
 que del tercer elemento
 debió de heredar las alas,
 sino es que el dios mensajero
 sus talaes le prestó,
 íbades siguiendo el vuelo
 de una garza perseguida
 de dos halcones hambrientos,
 cuando en un hoyo que puso

la envidia, que salió a veros,
tropezando, renovaste
llantos del hijo de Febo.
Y retratando de Fidias
un mármol sin vida bello,
casi a infundiros el alma
quiso volver Prometeo.
Lloraban vuestra desgracia
las aves de este desierto,
las flores de aquestos prados,
las fuentes, guarnición de ellos,
cuando llegó presuroso
un atrevido mancebo,
si villano en sus acciones,
en su traje caballero,
y honrando con vos sus brazos
en mi humilde alojamiento,
el ébano y el marfil
tuvieron envidia al heno.
Lastimado y compasivo
buscara el temor remedios
en boticas naturales
de simples no descompuestos,
cuando, cargado de hierbas
como de lágrimas, vuelvo
a dar vida a vuestro honor,
en vez de dársela al cuerpo,
porque el atrevido joven
desnudo intentaba y ciego,
por dejar injurias vivas,
usurpar despojos muertos.
Yo entonces, que aunque villano,
tan ilustre el alma tengo
que por no violentar frutos
las encinas no vareo,
diciéndole mil oprobios
con medio roble grosero,
a lascivos desatinos
puse noble impedimento.
Y despreciando las voces

con que dijo, "Hombre grosero,
 advierte que a quien injurias
 es al príncipe Faseló,
 que, a pesar de pretendiente,
 a ser de la infanta vengo
 venturoso poseedor,
 si no legítimo dueño.
 No estorbes en daño tuyo
 ocasiones con que el tiempo
 imposibles facilita
 para que cumpla deseos."
 Afrentado le hice huir,
 despejando el aposento,
 porque no hay descortesía
 a quien no acompañe el miedo.
 Fue a buscar vasallos suyos
 porque, volviendo con ellos,
 con agravios dé principio
 a tu amor, señora, honesto.
 Aun no le dejé tomar
 las ropas reales, que ofrezco
 en muestra de mi valor
 y prueba de sus intentos;

Saca sus vestidos

que quien desnudó del alma
 el noble comedimiento,
 bien merece por castigo
 que lleve desnudo el cuerpo.
 Si aguardas su vuelta torpe,
 que tardará poco, pienso
 que has de llorar deshonorada
 violadores menosprecios.
 Porque no intenta casarse
 el que pretende violento
 gozar despojos robados
 que le vienen de derecho.
 Éstas son las ropas tuyas,

y los brazos, señora, éstos,
 que en defensa de tu fama
 serán del honor trofeos.
 Mira lo que determinas,
 que, si tomas mi consejo,
 huyendo de los peligros
 sale vitorioso el cuerdo.

MARIADNES: Pastor... no pastor, mas sí;

que pues hoy del lobo fiero
 la inocencia de mi fama
 has defendido, no tengo
 blasón mejor con que honrarte.
 Yo pagaré lo que debo
 a tu generoso trato
 con largos y nobles premios.
 Estos vestidos infames
 tu verdad abonan, puesto
 que tal vez juraran falso
 si a Josef doy por ejemplo.
 Vamos a Jerusalén,
 donde, con honroso trueco,
 justos premios satisfagan
 la nobleza de tus hechos,
 y donde, libre y seguro,
 juzgue el aborrecimiento
 descorteses desacatos
 del atrevido idumeo.
 ¿Cómo te llamas?

HERODES: Claricio.

MARIADNES: Hacerte claro prometo
 entre cuantos la privanza
 sobre sus alas ha puesto.

HERODES: Dame a besar esas manos.

(¡Oh Amor criado en enredos, Aparte
 con bien de aqueste me saca,
 labraréte de oro un templo!)
 Atado al tronco dejé
 un caballo de aquel cedro,
 sube en él, seré la aurora
 que va delante de Febo.

*Vanse. Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO,
SALOMÉ, ELIACER, EFRAÍM y los pastores, FENISIA,
PACHÓN, y TIRSO*

HIRCANO: Muerta la infanta mi hija,
quebró el cristalino espejo
en que la naturaleza
se miraba.

FASELO: Si esto es cierto,
en túmulos lastimosos
los tálamos de Himeneo
ha convertido la envidia,
cuando a desposarme vengo.
De mi vida a su memoria
la haré sacrificios tiernos,
sin que a restaurarla basten
persuaciones ni consuelos.

ARISTÓBALO: ¿Aquí dices que mi hermana
quedó?

PACHÓN: Como se lo cuento.

Entran

HIRCANO: Entrad por ella, ¡ay de mí!
¿Cómo vivo, pues que muero?

Salen

ELIACER: No hay en toda esta cabaña
sino es en su pobre suelo
unas pajas miserables,
y entre sayales groseros
estos curiosos y nobles.

Saca los vestidos de HERODES

TIRSO: ¡Aun el diablo vería eso!

HIRCANO: Villanos, ¿qué es de mi hija?
¿No habláis?

PACHÓN: ¿Qué quiere que hablemos?

FENISIA: ¿No le juimos a llamar?
¿No la pusimos ahí dentro,
quemando porque oliscaba
a manojos el espliego?
Quizá quien la agarró el alma
volvió después por el cuerpo,
o la comieron a escote.
algunos grajos y cuervos.

FASELO: ¿Estos vestidos no son
de mi hermano?

HIRCANO: ¡Ay santos cielos!
Sin duda, que por robarle
estos villanos le han muerto.

TIRSO: ¡Aún peor está que estaba!

ARISTÓBALO: ¿Hay más trágico suceso?

HIRCANO: ¿Qué es de mi hija, traidores?

FASELO: Mi sol, mi luz, ¿qué se ha hecho?

PACHÓN: ¿Hay son que, si se ha perdido,
le dé un real al pregonero
prometiendo buen hallazgo?

HIRCANO: ¡Oh crüeles! Ya sospecho
que por hurtarles las joyas,
homicidas y avarientos,
dos soles habéis quitado
que daban luz a mis reinos.
Enterrados los habrán.

PACHÓN: No les faltará a lo menos,
si es cerote lo que sudo,
cera hilada en el entierro.

HIRCANO: Prended esta vil canalla,
descoyuntadla a tormentos
hasta que la verdad digan.

PACHÓN: Fenisa: potro tenemos.

FENISA: Más quisiera tener potra.

HIRCANO: ¡Ay desventurado viejo!

No dejéis piedra ni planta
de este monte, caballeros,
que no busquéis.

ARISTÓBALO: ¡Triste caso!

PACHÓN: Yo os juro a Dios que me huelgo.

FENISA: ¿De qué?

PACHÓN: De que os han de dar
en el potro pan de perro.

Vanse

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen MARIADNES y HERODES, de pastor

MARIADNES: Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre
en las hierbas menudas que marchita
y a ese caballo dan fértil pesebre;
y mientras el tirano solicita
mi deshonra y su bárbara venganza
por la ocasión que tu valor le quita,
entre estas sombras que el rigor no alcanza,
y en cuyas hojas leves representa
a los tiempos el viento su mudanza,
premiada tu lealtad tome a su cuenta
principios de favores que te debo,
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES: Afrentaránse de favor tan nuevo
estos cedros y palmas, gran señora,
de la ventaja y dicha que les llevo;
quisieran ellos humillar agora
sus elevadas cumbres y cabezas
para besar tus pies, que el mundo adora.

MARIADNES: El campo siempre obliga a las llanezas
que la ambición desprecia, dando silla
a la soberbia hinchada con grandezas;
de aquí a Jerusalén habrá una milla;
siéntate, que de noche entrando en ella
aseguro peligros.

*Siéntase MARIADNES e hinca HERODES la
rodilla*

sutilizas conceptos y palabras
y a Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?

Y aunque el misterio a mis enigmas abras,
con respuestas que ignoro y dificulto;
dime si al sol y al aire riges cabras
y su inclemencia por el monte inculto
los rostros tiraniza, pues los yerra
como si el ver sus rayos fuera insulto.

Si el cultivar la siempre fértil tierra
paga surcos en callos que en las manos
por la dureza imitan a la sierra,

¿cómo injurias afeites cortesanos,
siendo excepción de generales leyes?
¿Tú solamente culto entre villanos?

Manos groseras que al arado y bueyes
acostumbradas el trabajo tuesta,
¿pueden en ti afrentar las de los reyes?

Cara, que a la del sol adusto opuesta,
jamás huyó el encuentro a sus rigores,
¿compite con la dama más compuesta?

A tu traje desmientes, tus colores,
por más pastor que intentes con negallo
encubrirte entre engaños labradores,
cuando agora la silla del caballo
la sed me hizo dejar de aquella fuente
que de ti murmuraba lo que callo,

y tú, templando del calor ardiente
la furia rigurosa con su risa
bañaste en su cristal manos y frente;

testigo contra ti fue la camisa
que, por el cuello libre del ultraje
con que la encierras en sayal me avisa
no dicen bien las puntas de su encaje
con el buriel hipócrita que aforra
en blanco lino el penitente traje.

Declárame este enigma, si no borra
tu poca confianza en el secreto
lo que te debo; así el cielo socorra
tus esperanzas con dichoso efeto.
Las dudas satisface, di cómo eres,

si rústico pastor, galán discreto.

HERODES: Ya que apurar mis pensamientos quieres,
curiosa por saber sucesos míos,
por imitar a las demás mujeres,
oye de la Fortuna desvaríos
que ya que no te admiren, te entretengan,
mientras aquestos árboles sombríos
por huésped bello tu hermosura tengan.

Ya que el sutil ingenio
hijo de esa alma noble,
curioso inquisidor
de celos y de amores,
sacando del sagrado
donde el secreto absconde,
sucesos de mi vida,
discreta los conoce,
sabrás, hermosa infanta,
que el rey del sacro monte
que a Salomón dio cedros
para que el templo corte
y Hiram el mundo llama,
se honra con el nombre
de padre mío, puesto
que injuria estos blasones.
Fertilizó su sangre
en himeneos conformes,
el cielo con tres hijos,
los dos de ellos varones.
Y siendo yo el pequeño,
mis años corresponden
al grado en que he nacido
que en dichas son menores.
Como perdí el derecho
al reino, que dispone
su herencia al mayorazgo,
porque los demás lloren,
mis quejas satisfizo
con darme en fuerzas dobles
para un alma de cera

un corazón de bronce.
Dispúsome a la guerra,
que en ella inclinaciones
dan a segundos hijos
riquezas y opiniones.
Y haciendo alarde al viento
de plumas y atambores,
de galas a Cupido
y a Marte de escuadrones,
salí contra el de Arabia
que, descuidado entonces,
pagaba en verdes años
censo en deleites torpes.
Vencíle, brevemente,
que ahorrando digresiones
no con prolijos cuentos
pretendo que te enojés;
dándole, pues, la muerte,
a su vivir conforme,
di a mis hazañas reinos
y a mi valor renombres.
Y mientras que permito
que afrenten y despojen
tesoros y hermosuras
soldados vencedores,
en una galería
entré, que en artesones
dorados eran suma
del cielo y de sus orbes.
Caía a un jardín bello
por cuyos corredores
jazmines frescos eran
escalas de sus flores.
Colgaban sus paredes
pinceles triunfadores
de la naturaleza,
cuyas ostentaciones
bellezas celebraban,
robaban corazones
y daban almas vivas

alientos y colores.
En medio estaba un cuadro
y en él--no sé cómo ose
píntarle sin su injuria
mi lengua agora torpe--
un fénix de belleza,
poco dije, perdone
la diosa enamorada
que en rosa volvió a Adonis.
Yo sé que si la viera
el dios del cuarto coche
causara nuevos celos
a Clicie y a Leucote;
menospreciara a Onfale,
el que la rueca pone
por el mayor trofeo
de sus trabajos doce.
Mas, para no cansarte,
si quieres que la copie,
mírate en el espejo
de ese cristal que corre,
que estando tú presente,
porque su vista goce,
no hay para qué sutiles
buscar comparaciones.
Metieronla en el alma
ojos aduladores,
pagando, como el griego,
hospicios con traiciones.
Y yo sin mí y con ella
volví a ostentar perdones,
dando a mi patria vuelta
que con festivas voces
sus Venus y Narcisos,
de Amor aduladores,
alegres me esperaban
con triunfos y ovaciones.
Mi padre y dos hermanos,
no sé si así los nombre,
quisieron por mi cuello

desocupar balcones.
Y oyendo parabienes,
gozando aclamaciones,
cantándome vitorias
Homeros y Anfiones,
veo a mi padre ingrato
--¡Ay si muriera entonces!--
del rey Orbel de Lidia
honrando embajadores.
Traíanle el retrato
de la princesa Doris,
y el sí con el de esposa
para mi hermano Orontes.
Pagaba el rey albricias
con gracias y con dones,
y el príncipe lozano
exageraba amores.
Cuando los dos me dicen,
"A tus victorias nobles,
añade, Periandro,
la dicha que hoy conoces
en tu mayor hermano,
pues es ya su consorte
el sol que a Lidia alumbra
en tálamos conformes."
Dejéronme el retrato,
solícitos disponen
recibimientos reales;
mandan que palios borden,
triumfales arcos labran
con versos y con motes.
Ya ingenios muestran prendas
que premien intenciones.
Partiéronse, al fin, todos,
y yo, como quien oye
la capital sentencia
si impróvido le coge,
estatua fui de mármol
por dos horas, inmóvil,
que repentinas penas

suspenden las acciones.
Pero volviendo en mí,
furioso de que roben
tesoros de esperanzas
tiranos salteadores,
cual onza que los hijos
le llevan cazadores,
partí desesperado;
y sin saber por dónde,
sin seso y sin camino,
mil veces con mil voces
enmudecí las aves
y lastimé los montes.
Llegué al fin a un desierto
rasgando el traje noble
--que mal sufrirá abrigos
quien un volcán absconde--
y allí, a no socorrerme
solícitos pastores,
fuera sin duda presa
de tigres o leones.
En fin, determinado
de huir soberbias cortes,
destierro de verdades
y amparo de ambiciones,
compuse una cabaña
de ramos y de adobes
donde pobrezas ricas
huyen riquezas pobres.
Pero, cuando gozaba,
en vez de aduladores,
por dulces compañeras
mis imaginaciones,
una apacible tarde,
umbrales de la noche,
que el cielo se vestía
rosados arreboles,
veo venir huyendo
una mujer de un hombre,
si aquél que gustos fuerza

es digno de este nombre.
Opúseme a su furia
con pasos tan veloces,
que a un tiempo le alcanzaron
mis pasos y mis voces.
Y siendo el instrumento
de su castigo un roble,
a su torpeza y vida
dio fin un solo golpe.
Volví a ver mi agraviada,
y hallé que los colores
de nieve y rosicleres,
con un desmayo inorme,
en gualdas y violetas
trocaba, dando entonces
premisas a la muerte,
obsequias a las flores.
Pero, reconociendo
sus eclipsados soles,
originales bellos
de aquella imagen noble
que el alma me ha robado
agravios y favores,
agradecí con quejas
al ciego Amor sin orden.
¿Qué hallazgo tan divino
con tal pesar congoje?
Mas ¿cuándo dio el Amor
deleites sin dolores?
Cogíla alegre y triste
en brazos, y sirvióme
al cuello de cadena
libre en tales prisiones,
y en un grosero albergue,
sobre unas pajas pobres,
deposité aquel cielo,
de Amor primero móvil.

MARIADNES: Pastor ilustre, espera,
primero que provoques
sospechas que en el alma

engendran mis temores.
 Con la verdad me engañas,
 pues pienso que propones
 sucesos de mi vida
 trocando el reino y nombres.
 Casi lo que refieres,
 antes que el cuento tornes,
 para pintar mi historia,
 te da falsos colores.
 Yo debo ser, sin duda,
 la que, llamando Doris,
 cuando a Faselos aguardo,
 me das por dueño a Orontes.
 ¿Qué es esto?

HERODES: Infanta bella,
 sosiega y no te asombren
 sucesos que a las veces
 hermanan ocasiones.
 No es ésta la primera
 que en dos distintos nombres,
 naturaleza sabia
 un mismo rostro forme.
 ¿Qué mucho, pues, que así
 amor sujetos forje
 con cuya semejanza
 engendre admiraciones?

MARIADNES: No sé qué diga en eso,
 tú mismo me responde,
 y acaba de sacarme
 de tantas confusiones.

HERODES: Quedaba de mi historia...

MARIADNES: En que dejaste a Doris
 dando con su desmayo
 a Amor ponderaciones.

HERODES: Viéndola, pues, así,
 y que para que goce
 cabellos la ocasión
 al viento los descoge,
 su poca resistencia,
 la soledad de un monte

y, en fin, Amor que ciego
casi imposibles rompe,
por poco me vencieran
con necias persuasiones
a que el valor olvide
y que la honra postre.
Mas la razón, que cuerda,
noblezas reconoce,
ató al atrevimiento
deseos y ocasiones.
Pues sólo satisfecha
con que la vista goce
despojos sin injuria
del sol que es bien que adore,
licencia dio a los labios
para que, mientras cogen
el ámbar de su aliento
se impriman en sus flores.
Pero antes que prosiga
mis lícitos amores,
bellísima señora,
¿qué hicieras tú si entonces,
volviendo del desmayo,
sirvieran de eslabones
tus brazos de marfil
al cuello de quien oyes?
¿Y más, si satisfecha
de las obligaciones
con que amparó tu fama,
supieras que aquel hombre,
abeja de tus labios,
atrevimientos nobles
ejecutando en ellos
gozó tales favores?

MARIADNES: Aunque con tal pregunta
en confusión me pones,
y a sospechosas dudas
indicios das mayores,
no sé si agradecida
a que por él no llore

mi honra restaurada
 agravios violadores,
 pagara resistencias
 de un apetito torpe
 con darle honestos frutos
 a quien sus rosas coge.
 Y si al contrario de esto
 contigo lo hizo Doris
 y ingrata dio a tu hermano
 de esposa mano y nombre,
 engaño a su honor hizo,
 pues necia defraudóle
 primicias usurpadas
 de labios ya traidores.
 Mas de eso, ¿qué coliges?

HERODES: ¡Oh, juez sin pasión! Oye...
 mas no podrás, que vienen
 tus viles ofensores;
 mi vida con tu fama
 a cargo el valor tome,
 pues no es bien que consienta
 que nadie te deshonre.

MARIADNES: ¡Ay Dios! ¿Por dónde vienen?

HERODES: Vuelve los claros soles,
 podrá ser que los ciegos;
 veráslos que trasponen
 aquel verde collado.

MARIADNES: Y yo, porque te asombre;
 pues el valor me anima
 de mis antecesores,
 ofreceré a las aras
 que el mundo al honor pone
 la vida, antes que el mío
 sus viles manos toquen.
 Mas ¿qué es de ellos?

*Mientras MARIADNES vuelve a ver los que vienen se
 quita el sayo rústico y queda en cala y jubón de
 tabí muy bizarro*

HERODES: Aquí
tus dos ojos vencedores,
de Amor siempre invencible,
verán metamorfosis.
Yo soy, hermosa infanta,
quien triunfos y blasones,
como a deidad suprema,
hoy a tus plantas pone.
Pintada me rendiste
y viva echas prisiones
a un alma que allá tienes,
feliz si la conoces.
Halléte casi muerta
y sin testigos, donde
pudieran apetitos
vencer obligaciones;
pero mi amor hidalgo
alegre contentóse
con que pagasen labios
deseos acreedores.
Juez fuiste de ti misma
en tribunal de flores,
sentencias ejecuta
y agradecida ponme
en posesión de gustos,
que, como trueque el nombre
de amante en el de esposo,
en láminas de bronce
escribirá a los tiempos
de Doris y de Orontes
engaños verdaderos
tu siempre esclavo Herodes.

MARIADNES: Basta: que en Palestina
también nacen Sinones
que ofrezcan entre enredos
a Troya Paladiones.
No quiero revocarte
sentencias que di a Doris,
y pagará Mariadnes,

no con ponderaciones
 culpar atrevimientos,
 agradecer favores,
 loando resistencias,
 encareciendo acciones.
 Ya Febo ha permitido
 que sus caballos mojen
 sus crines en el mar
 y estrellas da a la noche.
 Ocupa, infante ilustre,
 de aquíse los arzones,
 que yo, alegre en sus ancas,
 hoy mostraré a la corte
 que Amor es coyuntura;
 sus dichas, ocasiones;
 sus armas, cortesías;
 mudanzas, sus blasones.
 Perdonará Faselos,
 y cuando no perdone,
 ¿qué importa, como sea
 esposo mío Herodes?

HERODES: Dame a besar cristales,
 mientras que se corone
 mi cuello de tus brazos.

MARIADNES: Celosa estoy de Doris,
 con ser dama fingida.

HERODES: ¿Por qué, si no es Orontes
 quien idolatra en tí?

MARIADNES: ¿Pues quién eres?

HERODES: Herodes.

Vanse. Sale HIRCANO

HIRCANO: No ha el sol de destrenzar cabellos
 rojos tras el aurora fría
 en el purpúreo Oriente
 sin ver salir dos mares de mis ojos
 que aneguen cada día
 memorias de tu pérdida inclemente;

ni con pincel valiente
 podrá la primavera
 juntar alegres prados
 que alivien mis cuidados,
 por más que esmalte flores lisonjeras,
 sin darles mis congojas
 más lágrimas que brota en abril hojas.

Sale ANTIPATRO

ANTIPATRO: No agostará los campos el estío
 con pálida guadaña
 cuando a abrasarlos llegue,
 sin que el prolijo y caudaloso río
 que mis mejillas baña,
 hijo querido, aquestas canas riegue,
 ni porque rico llegue
 otoño generoso
 de frutos adornado,
 que sabio ha sazonado,
 y ofrece al hortelano codicioso,
 de mí tendrá otro fruto
 que lágrimas, mi Herodes, en tu luto.

Sale ARISTÓBALO

ARISTÓBALO: No de plata escarchada hará el diciembre
 al suelo bordaduras
 y alfombras al invierno,
 que impida, hermosa hermana, que no siembre
 entre lágrimas puras
 penas que den por fruto llanto tierno,
 mi desconsuelo eterno,
 Mariadnes querida,
 mientras que me faltares
 y viviere sin ti con media vida,
 convirtiendo mis gustos en pesares
 cada vez que se acuerde

obsequias llorará del bien que pierde.

Sale FASELO

FASELO: Viudo antes que casado, quiso el cielo,
 mi Mariadnes bella,
 que tu pérdida llore,
 no merecía tu hermosura el suelo,
 sino que vuelta estrella
 tu belleza en su zona el sol decore,
 porque en ella te adore
 a esfera que te abraza;
 maldiga el hado fiero
 al inventor primero
 que a riesgo puso en la silvestre caza
 la vida, de quien pierde
 por un liviano gusto su edad verde.

Sale SALOMÉ

SALOMÉ: Si blasonas ser dios, ¿por qué maltratas,
 Amor, a quien sujeto
 te da el alma en tributo?
 Si te precia, de dar, ¿por qué dilatas
 el premio que el discreto
 es árbol que en dar luego dobla el fruto?
 Galas truecas en luto,
 y faltando mi hermano
 con la Infanta, haces vano
 con deseo que alienta mi esperanza;
 pero en el mar de amar siempre hay mudanza.

HIRCANO: Cubrid de jerga negra mi palacio,
 fúnebres instrumentos
 imiten mi tristeza,
 dad muerte a esos traidores tan despacio
 que duren sus tormentos
 lo que mi mal, que cuando acaba empieza;
 adornad mi cabeza

en vez de la diadema
y tiara suprema,
que tal caída ha dado a mi grandeza,
de ceniza, y mi vida acabe en ella,
pues faltan Herodes y Mariadnes bella.

*Salen MARIADNES y HERODES, éste se
retira*

MARIADNES: Si las muestras de dolor
con que se enluta tu corte
son por mí, padre y señor,
mi vista su mal reporte,
mis brazos paguen tu amor.

HIRCANO: Hija mía, al pecho llega
esa luz sin la cual muerto
en desconsuelos se anega;
que no alegra tanto el puerto
al que sin velas navega;
el perdón al sentenciado,
el tesoro al avariento,
los despojos al soldado,
la fuente fresca al sediento
y el tálamo al desposado,
como tu alegre venida,
cuanto menos esperada,
tanto más agradecida,
pues da a mi vejez cansada
prolongación de su vida.

ARISTÓBALO: Quien por muerta os ha llorado,
bella hermana, ¡qué consuelo
sentirá cuando os ha hallado!

FASELO: Albricias pida a Faselelo
su amor ya desesperado
y mis brazos galardón
de su pasada tristeza.

SALOMÉ: Lloraba la dilación
que daba vuestra belleza
a mi amante corazón;

mas ya que con vos se ve,
 en su esperanza primera
 mi gozo restauraré.

HIRCANO: Mirad, infanta, que espera
 vuestros brazos Salomé
 y el rey Antipatro, a quien
 debe tanto mi corona
 y es vuestro padre también,
 dándoos su hijo, pregona
 triunfos a Jerusalén.

Agradeced su venida.

MARIADNES: Con más extremo sintiera,
 señor, que el perder la vida
 el que la dicha perdiera
 siendo vuestra hija querida,
 quien interesa tener
 por mi dueño, prenda vuestra
 y el dejar de conocer,
 señora, en la corte vuestra
 lo que no sé encarecer,
 y en vos ha cifrado el cielo.

SALOMÉ: Respondan por mí los ojos
 a cuyas lenguas apelo.

FASELO: Para que destierre enojos,
 dad al príncipe Faseo
 las nuevas de su ventura;
 que si entre luto y dolor
 hacer obsequias procura
 a su mal logrado amor,
 fénix es vuestra hermosura
 que de sí misma renace.

HIRCANO: ¿Qué suceso, hija querida,
 con tantos extremos hace
 que el peligro de tu vida
 las de tantos amenace?
 ¿Qué te sucedió cazando?

MARIADNES: Desgracias que venturosas
 temo y estoy deseando;
 pérdidas que gananciosas
 libre me están cautivando.

En fin, con una caída
 que tras una garza di
 hasta el sol desvanecida,
 a un tiempo gané y perdí
 la libertad y la vida.

Opuestos contrarios son,
 padre, los que necesitan
 imprudencia y discreción.
 ¿Hay razones que compitan
 con amor y obligación?

Si a los umbrales me vieras
 de la muerte desmayada,
 y a elección de hambrientas fieras,
 que era presa mal lograda
 de su crueldad supieras,

y un hombre entonces llegara
 que, cortés y piadoso,
 segunda vez animara
 el cuerpo, que temeroso
 la muerte copió en su cara,
 con cuya ayuda volviese
 al cuerpo el alma constante,
 y mi honra defendiese,
 ¿tuvieras premio bastante
 que igual a esta deuda fuese?

HIRCANO: Si aprecia el alma el amor
 que te tengo, mi corona
 no igualara su valor.

MARIADNES: Y si acaso esta persona;
 entre la ausencia y rigor
 de los celos me adorara,
 y en aquella soledad
 con la ocasión consultara
 lances de la voluntad,
 que en estorbos no repara,
 y contra apremios de amor
 la voluntad lisonjera
 reconociera al valor,
 y sin mi ofensa saliera
 de sí mismo vencedor,

al favor, padre, primero,
¿qué pudieras añadir?

HIRCANO: Estatuas que el tiempo fiero
no bastara a consumir,
por más que vuele ligero.

MARIADNES: ¿Y si éste fuera pastor
y se sintiera injuriado
que en premio de su favor,
habiéndome así obligado,
otro usurpara su amor?

HIRCANO: Ése descubriera el pecho
que procuró honrar en vano,
pues mostrara sin provecho
que era en la ambición villano,
si bien nacido en el hecho.

Y pues premios apetece
fuera de su natural,
nada darle me parece,
que es bien a quien pide mal
le quiten lo que merece.

MARIADNES: Alegara, aunque villano,
que le ofreció la ocasión
tiempo, a no ser cortesano,
en que a su satisfacción
se pagara de su mano.

HIRCANO: No importara su porfía,
pues con tan loco interés
le quitó en un mismo día,
lo que mereció cortés,
su misma descortesía.

Y tú, que por él alegas,
si es verdadero el enima
y por un rústico ruegas,
¿cómo a un pastor sin estima
las prendas del alma entregas?
¿Quiéresle bien?

MARIADNES: La ocasión
en que guardó mi honra y vida,
¿no es digna de obligación?

HIRCANO: La que a su ser tosco mida

la prudencia y la razón.

MARIADNES: ¿Pagaréle con desdén
su socorro liberal,
princesa en Jerusalén?

HIRCANO: Eso no.

MARIADNES: ¿Querréle mal?

HIRCANO: Tampoco.

MARIADNES: ¿Querréle bien?

HIRCANO: Eso sí.

MARIADNES: ¿Y el bien querer
no es amar?

HIRCANO: Casi es amor.

MARIADNES: Luego casi he de tener
voluntad a este pastor,
que casi me vino a ver
muerta, si no me ayudara.

Pues un "casi" no es rigor
que su fortuna haga avara;
ni mira en puntos Amor,
ni nunca en "casis" repara,
honra y vida me dio nueva
honra y vida le he de dar,
pues cuando a pedir se atreva
lo que no puedo negar,
¿qué le doy que no le deba?

HIRCANO: De tu mucha discreción,
hija, has ya degenerado
con tan indigna afición.

MARIADNES: [Pues, no hay ningún mal criado]
ni en el noble ejecución
de socorro recibido
que no pague liberal.
Los réditos que han corrido
igualan al principal,
y a ejecutar me han venido.
Mas dime, si el acreedor
en nobleza me igualase,
¿mereciera que el deudor
con la deuda le negase
la obligación de su honor?

HIRCANO: Entonces por justo empleo
 de su valor te entregara,
 si tan lícito deseo
 la palabra no estorbara
 que he dado al rey idumeo.

MARIADNES: ¿No estriba la que me has dado
 en que me case con su hijo?

HIRCANO: En ésa me ha ejecutado.

MARIADNES: Y si es padre del que elijo,
 ¿no la habrás desempeñado?

HIRCANO: No hay duda.

MARIADNES: Pues dale al cielo
 gracias, padre, que no ha sido
 pastor de rústico suelo
 el que, noble y comedido,
 quitó a mi honor el recelo,
 como el peligro a mi vida,
 sino un príncipe que aquí
 pide paga agradecida
 de que, venciéndose a sí
 me restituya vencida.

 Y Amor que estatuas le labra
 quiere, en fe de sus blasones,
 que templos la fama le abra,
 que pague yo obligaciones
 y tú cumplas tu palabra.

HERODES: Fortuna, que siempre ha sido
 juego de Amor de importancia,
 de quien sale con ganancia
 a veces el más perdido,
 cuando más lo estaba yo,
 celoso y desesperado,
 volvió en mi favor el dado
 y en suerte su azar trocó,
 pues habiendo el caudal
 puesto de mi vida en esta mano,

Dale la mano

envidó su amor mi hermano
y ganéle todo el resto.

Un destierro fue el tablero,
y jugador de ventaja
Amor, que el dado baraja
con sospechas de fullero.

Si su pérdida llorare,
seguro estoy de perder,
porque no pienso querer
aunque envide y se repare.

Cuando levantarme trato,
dando barato a mi amor,
en fe de que el jugador
no juega en dando barato,
ni será, padre, cordura
impedir nuestro sosiego
sabiendo que amor y juego
consisten sólo en ventura.

Mariadnes es mi esposa,
si alguno intenta, tirano,
barajarme aquesta mano,
y esta suerte quitarme osa,
no me juzgare arrogancia
castigar su desatino,
como quien sale al camino
a robarme la ganancia.

Porque estoy determinado
contra cualquiera poder
a morir y defender
el caudal que hoy he ganado.

ANTIPATRO: Si es en tu favor el cielo
y esa ganancia permite,
no es bien que yo a Herodes quite
lo que ha perdido Faseso.

Hijos míos sois los dos,
en un mismo grado estáis,
si en competencia jugáis
y perdéis, príncipe, vos,
o esotro, cosa es que pasa,

y yo en mi provecho alego
la ganancia de este juego,
pues, en fin, se queda en casa.

La infanta escoja, que es cuerda,
y juzque esto el rey Hircano.

HIRCANO: Si Herodes ganó por mano,
Faselo por postre pierda;
que en amor la diligencia
gana de quien se levanta.
Dadle la vuestra a la infanta;
tenga quien pierde paciencia
y salgamos a alegrar
mi corte; que os llora muerta
de llanto y luto cubierta.

MARIADNES: Sí, albricias tengo de dar
de que el alma esposo os cobre,
en fe que adeudada queda,
dadme abrazos que dar pueda,
que sin ellos estoy pobre.

*Van a abrazarse, alborótase FASELO y
légase a detener a HERODES*

HERODES: Hermano: ya llegáis tarde;
de la infanta soy esposo,
pierde amando el perezoso
como en la guerra el cobarde.
La ocasión y coyuntura
mis bodas y dichas traza,
que el amor, el juego y caza
sólo consiste en ventura.

*Vanse HERODES y MARIADNES de las
manos*

FASELO: ¿Qué es esto, padre crüel?
Riguroso rey, ¿qué es esto?

ANTIPATRO: En la voluntad ha puesto

su imperio Amor. Quejaos de él.

Si contra vos ejecuta,
hijo, su gusto la infanta,
porque en resolución tanta
sobre gustos no hay disputa.

Vase ANTIPATRO

FASELO: Hircano, en el nombre fiero
como en las obras, ¿así
se cumplen palabras?

HIRCANO: Di,
la que si cumpliros quiero
halla mil dificultades,
porque la infanta hace ley
de su gusto y sólo es rey
Amor de las voluntades.
La de mi hija es absoluta,
su gusto es fuerza seguir,
que a intentarle resistir
sobre gustos no hay disputa.

Vase

FASELO: Hermana, decidme vos
si esto es sueño o es verdad.

SALOMÉ: Violencias en voluntad
no las sufre Amor, que es dios;
pues que su gusto ejecuta,
desbaratarle es en vano,
pues, como sabes, hermano,
sobre gustos no hay disputa.

Vase

FASELO: ¿Sois vos, príncipe, también
de esta tirana opinión?

ARISTÓBALO: Amor es obligación
 y su paga el querer bien.
 La ocasión, tercera astuta,
 y el gusto, rey que soberbio
 dice, conforme al proverbio,
 "sobre gustos no hay disputa."

Vase

FASELO: La ley que no las admite
 no es hija de la razón,
 pues la ciencia y la opinión
 más probable las admite.
 Cuando ciego Amor las quite
 y la acción que tengo tuerza
 su agravio, a vengarme es fuerza.
 ¡Tiranas resoluciones!
 Que quien no admite razones
 da permisión a la fuerza.
 Leyes la justicia escribe
 que llama el mundo derechos,
 y contra tiranos pechos
 armas la fuerza apercibe.
 Cuando mi hermano derribe
 mi esperanza, y con desvelos
 me ofenda a mí y a los cielos,
 si mientras los ejecuta
 sobre gustos no hay disputa,
 tampoco hay templanza en celos.
 Marco Antonio en Asia rige
 la monarquía romana,
 y a la célebre gitana
 su idólatra amor dirige.
 Ser su emperador colige
 y oprimir la libertad
 de Roma, por tanta edad
 conservada en su senado,
 conmigo noble ha guardado
 las leyes de la amistad.

Con César Augusto tiene
 guerras por la monarquía,
 que no admite compañía
 quien a amar o a reinar viene.
 Su opinión mi fe mantiene
 contra su enemigo Augusto,
 y pues Herodes injusto
 a Marco Antonio se opone,
 hoy mi venganza dispone
 tragedias contra su gusto.

Referiré a Marco Antonio
 mi agravio con su delito
 sacando gente de Egipto,
 de su amistad testimonio;
 y afrentando el matrimonio
 que goza y tirano alcanza,
 verá con justa mudanza,
 pues ciego mi amor disfruta,
 que, si en gustos no hay disputa,
 hay en agravios mudanza.

Salen dos ROMANOS

ROMANO 1: Marco Antonio, mi señor,
 que en prueba de tu amistad
 quiere en la necesidad
 hacerla de tu favor,
 antes que a la guerra parta
 que sobre el imperio apresta
 contra Augusto la respuesta
 aguarda de aquesta carta.

Dale una carta

FASELO: A medida del deseo
 que tengo viene. (Esperanza, Aparte
 dad filos a mi venganza
 mientras su ejecución leo.)

Lee la carta

"A embarcarme parto a la isla de Samos,
para reducir al trance de una batalla naval
la pérdida o imperio del mundo contra
Augusto, mi competidor. Llevo ochocientas
naves y ciento y cincuenta mil hombres.
Todos los reyes, mis amigos, muestran serlo
en mi ayuda, y no espero yo menos de vuestra
alteza, estando en el primer lugar.

Aventajarás a todos si, trayéndome preso
a su hermano el infante Herodes, parcial de
mi contrario, aseguramos un enemigo poderoso,
y será dichoso pronóstico de mi vitoria si
para premio de ella viene en su compañía la
infanta de Jerusalén Mariadnes, cuya
hermosura en relación me tiene sin libertad
para uno y otro. Envío provisiones bastantes
y aguardo la ejecución por ellas de entrambas
cosas. Los dioses me den vitoria y a vuestra
alteza guarden. De Bizancio a las calendas
de junio, año de la fundación de Roma 754.
Yo el emperador."

ROMANO 2: Estas son las provisiones
que Marco Antonio te envía.

FASELO: Di que de la dicha mía
son felices comisiones.

Si la amistad se antepone
al deudo que hay más cercano,
y me ha ofendido mi hermano,
su deudo y sangre perdone.

¡Ay amorosos desvelos,
lo que estas cartas preciara
si sus letras no borrara
la sospecha de mis celos!

A Mariadnes quiere ver
en muestras de su hermosura
Marco Antonio, y si procura
juntar a amor su poder,

¿qué hará en viendo sus despojos
 quien de oídas la celebra,
 si amistad y leyes quiebra
 amor que asiste en los ojos?

Que se la lleve me pide,
 y aunque en la Egipcia idolatra,
 ¿qué mucho deje a Cleopatra
 y obligaciones olvide

de nuestra amistad pasada,
 que aunque la gitana es bella,
 al fin para aborrecella
 basta ser mujer gozada?

Perdonará su amistad,
 que no llega su valor
 a las aras del Amor
 ni ley de la voluntad.

Porque mis sospechas claras,
 aunque su amistad admiten,
 sólo que llegue permiten
 el amigo hasta las aras.

El tentar a la Fortuna
 no es cordura en tal demanda,
 ni de dos cosas que manda
 será poco hacer la una.

Prender a mi hermano quiero,
 que es lo que le está mejor
 a mi venganza y amor,
 porque de su muerte espero
 resucitar mi esperanza,
 aumentar mi patrimonio
 y granjear de Marco Antonio
 la amistad y la privanza.

*Vanse FASELO y los ROMANOS. Salen PACHÓN, FENISA y
 un VERDUGO*

VERDUGO: Ya está el potro aparejado,
 paciencia, hermano, ¿qué espera?
 Acabemos. Ropa afuera.

PACHÓN: Quedaréme en verdugado
 cuando me quede con él,
 que es verdugo sin ser dama.

Fenisa, si el potro es cama
 de nuestra boda crüel,
 a gentil boda, por Dios,
 nos convida el casamiento.
 ¿No bastaba por tormento
 el casarnos a los dos?

Supuesto que hay suegra
 en casa ¿hay potro que más afrija
 que una suegra que, prolija
 rezongando al que se casa,
 gruñe más que una lechona?

FENISA: ¿En fin, que también a mí
 me empotran?

VERDUGO: Hermana, sí.

FENISA: El que a nadie no perdona
 es un potro, ¡ay mi Pachón!

PACHÓN: Aunque el ánima me arrancas,
 tú irás, Fenisa, a las ancas,
 y yo me tendré al arzón.

FENISA: ¡Oh huego de Dios en potro
 que sin albarda ni cincha
 ni camina ni relincha!

PACHÓN: Ese potro, dómele otro,
 pues, no comiendo cebada,
 sin menearse de un puesto
 al rollo llega tan presto
 que es su ordinaria jornada.

VERDUGO: Acaben.

FENISA: No se dé prisa.

VERDUGO: ¿No se desnudan?

FENISA: ¡Ay cielo!

PACHÓN: Potro de palo y en pelo
 a caballo y en camisa,
 corcovos sin caminar,
 medroso en él, el más diestro
 al de encima con cabestro
 y al de abajo sin herrar.

Atados el uno al otro,
 descoyuntando medulas,
 verdugo el mozo de mulas,
 ¡válgate el diablo por potro!

FENISA: ¿Y qué tormento, si sabe,
 mos tienen de dar?

VERDUGO: De toca.

FENISA: ¿Qué es de toca?

VERDUGO: Abrir la boca,
 y toda el agua que cabe
 en un cántaro tragar
 con veinte varas de lino.

PACHÓN: ¿No huera mejor de vino?
 ¿Agua es la que os han de echar?

VERDUGO: Agua que aun no sufren peñas.

PACHÓN: ¿Con tocas un hombre honrado?
 ¿Han mis tripas enviudado,
 o son por ventura dueñas?

VERDUGO: Así sacarse procura
 la pura verdad.

PACHÓN: Pues ¿cómo,
 si un cántaro de agua tomo,
 sacarán la verdad pura?

VERDUGO: Todo esto se excusará
 si confesáis este robo
 y estas muertes.

PACHÓN: No es mal bobo
 su mercé. Pues venga acá.
 Si Fenisa algo supiera,
 ¿luego no lo desbuchara?
 ¿No sabe que no la para
 secreto que no eche fuera?
 ¿Para qué eran menester
 potro, cordel ni testigos?
 ¿No hay mayores enemigos
 que el secreto y la mujer?
 ¿No ve que en las más calladas,
 cuando se ven en aprieto,
 es mal de madre el secreto
 que las hace dar arcadas?

Ahora acabe de saber
que meten por no guardarle
los dedos para sacarle.

Mas ¿qué es esto?

VERDUGO: Deben ser
 los jueces.

PACHÓN: Fenisa, el miedo
 dentro el alma me da voces.

FENISA: ¡Huego en potro que da coces
 que matan y se está quedo!

Salen FASELO, HERBEL y otros

FASELO: Mi padre y el rey Hircano
 tengan, Herbel, por prisión
 el alcázar de Sión;
 y del presidio romano
 quinientos hombres los guarden,
 porque de esta suerte trato
 que no estorben el mandato
 de Marco Antonio, ni aguarden
 que ruegos ni persuaciones,
 al tirano de mi amor
 han de poder dar favor
 ni aliviarle las prisiones.

 Esté también detenida
 la infanta en su mismo cuarto,
 mientras a Grecia no parto
 a quitarle con la vida
 de su esposo la esperanza
 de gozar su libertad,
 mientras que mi voluntad
 lo que le usurpó no alcanza.

 Guardas la poned también.

HERBEL: Así, gran señor, se hará.

FASELO: Y por sus bodas verá
 tragedias Jerusalén.

 Salgan libres esos dos,
 pues inocentes están.

PACHÓN: Mas, ¿no nada?

VERDUGO: ¿No se van?

PACHÓN: ¿Dónde?

VERDUGO: Libres.

PACHÓN: Mas, ¿por Dios?

FENISA: ¿Sin tormentos ni quillotros?

HERBEL: Ya los Infantes perdidos
parecieron.

PACHÓN: ¿Sin rüidos
de tocas, aguas y potros?

HERBEL: Acabad.

PACHÓN: Adiós, rabel,
por quien paga la garganta
en el aire lo que canta
bamboleos a un cordel.
Cama mal encordelada,
que en vez de chinchas y pulgas
verdades buscas y espulgas.
Arpa siempre destemplada,
donde con voces prolijas
en vez del Orfeo sutil
te tañe un verdugo vil
y son piernas las clavijas,
y brazos del desdichado
a quien tus cuerdas dan vueltas
do las culpas van absueltas
cuando no se han confesado.
Que si a nueso rey profeta
las tuyas Dios perdonó,
cuando aquél pecó, cantó
al arpa con voz perfeta.
Al que en ti cantó sus penas,
porque otra arpa en ti se ve,
apenas dice "pequé"
cuando a muerte le condenas.
Petro que, sin coyunturas,
te quedas sano y entero,
y el que llevas caballero
sale con las mataduras.
Corra tus carreras otro

que, pues de ti me libré,
 más vale salir a pie
 que a la jineta en tal potro.

Vanse PACHÓN y FENISA. Sale EFRAÍM

EFRAÍM: A tu hermano, gran señor,
 traen a tu presencia preso.

FASELO: Que temo verle os confieso,
 que, aunque a mi sangre es traidor,
 es mi hermano, y mis enojos
 su presencia ablandará,
 que es mi sangre, y se entrará
 al corazón por los ojos.

Pluguiera a Dios que no fuera
 tan a costa de mi vida
 la injuria de él recebida,
 que si yo vivir pudiera
 sin la prenda que me ha hurtado,
 viera en mí la diferencia
 que le hace la clemencia
 de que noble me hepreciado.

Sin la infanta será en vano
 adorándola vivir,
 y si el uno ha de morir,
 viva yo y muera mi hermano,
 vengándose mis enojos
 sin verle, que en tal demanda
 Amor, como es niño, ablanda
 niñas que están en los ojos.

Llevadle preso conmigo,
 que, si a la infanta renuncia,
 la muerte que ya pronuncia
 Marco Antonio, su enemigo,
 contra él, vuelta en amistad,
 celebraré en su favor
 los quilates de mi amor
 y la ley de mi piedad.

Vanse todos. Salen HERODES, preso, y JOSEFO

HERODES: ¿Por qué sin verme te vas,
tirano? ¿Por qué razón
temes mostrarme la cara,
si es de infames el temor?
Las espaldas me volviste;
mas, haces bien, que al fin hoy
echas, vendiendo tu sangre,
a las espaldas tu honor.
Vuélpelas y podrás verme
por ellas, que ya sé yo,
villano, que las espaldas
son la cara del traidor.
Medrando vas en oficios.
Ayer príncipe te vió
Idumea; hoy, mercader;
creciendo va tu opinión.
A feria de afrentas vas,
caudal llevas de valor,
abre tiendas a tu infamia,
venda en ellas tu traición
tu misma sangre, que de ella
sacarás caudal mayor,
que fratricida primero
materia de tu lición.
Si te sentiste agraviado
de que me pusiese Amor,
siendo juez la voluntad,
en la hermosa posesión
de la infanta, armas
tenías, desafíos aplacó
la venganza y el agravio
donde pudieras mejor
vengar injurias del alma,
que no vil pesquisidor,
cifrar armas en procesos,
civil juez de comisión.
Agraviarte de que goce

despojos que la ocasión,
 el tiempo, la soledad
 y hasta un desmayo ofreció
 al deseo, que cortés
 de sí mismo vencedor,
 obligando comedido
 generoso conquistó.

¿Y no te agravias
 de ser afrentoso ejecutor
 de quien, torpe, solicitas
 menosprecios de tu amor?

¿No te pide Marco Antonio
 la infanta? ¿No te escribió
 que, preso de su belleza,
 intenta ser su opresor?

Pues, dime, amante tercero:

¿parécete que es mejor,
 en ofensa de tu dama,
 ser mercader de su honor
 que, gozándola tu hermano,
 obligarnos a los dos,
 cortesano liberal,
 a darte inmortal blasón?

¿Tú eres príncipe? ¿Tú hermano?

¿Tú amante? ¿Tú?

JOSEFO: Gran señor:

¿de qué sirven esas quejas?

HERODES: De aliviar el corazón.

¡Ay, Josefo! ¿Cómo puedo,
 cuando sé que a morir voy,
 dejar en Jerusalén
 el alma en tal confusión?

¿Podré yo tener descanso,
 cuando en un infierno estoy
 de celos, si mi enemigo
 de mi infanta es sucesor?

Hoy a mi esposa he alcanzado,
 pues ¿será justo que hoy
 llame dueño con mi muerte
 a mi ingrato matador?

Ya a Fasele llame esposo,
ya al crüel emperador,
siendo un preso de su gusto
de afrentosa posesión,
¿qué gloria en el otro mundo
tendrá el alma que la amó,
si despojos que ha ganado
premio de otro dueño son?
¿Quieres tú darme remedio?

JOSEFO: Pluguiera, príncipe, a Dios,
que hallaran en mí tus penas
segura satisfacción.

HERODES: Sí la hallarán, si eres fiel.

JOSEFO: Siempre te tuve afición.

HERODES: En Jerusalén te deja
por sabio Gobernador
mi tirano fratricida;
a los muertos es razón
satisfacer los amigos
dando muestras de su amor;
no túmulos de Artemisa,
no aromas que exhala el sol,
no pirámides de Menfis
han de hacer ostentación
de la lealtad que me debes,
sino una resolución,
quilate de tu amistad,
descanso de mi pasión.

JOSEFO: Cuanto más difícil fuere
dándome fama mayor,
ilustrará más mi nombre
y honrará mi sucesión.
La vida y el ser te debo;
hechura, príncipe, soy
de tus manos; deshacerme
puedes, seguro dispón
de mí y de ella a tu servicio.

HERODES: Júrame, pues, si no son
lisonjeras tus promesas,
de ser fiel ejecutor

de lo que aquí te mandare.

JOSEFO: Niégume su amparo Dios,
su sepultura la tierra
y el mundo su habitación
cuando no lo ejecutare,
y con nombre de traidor,
como quien su patria vende,
me aborrezca mi nación.

HERODES: Mira lo que me has jurado.

JOSEFO: Lo que me mandas propón.

HERODES: Ley fuerte es la voluntad
última del testador.

Supuesto que has de cumplirla,
y que yo a la muerte estoy,
lo que de jurarme acabas
es--¡ay terrible rigor!--
que al punto mismo que sepas
que la muerte ejecutó
en mí el natural poder
que no permite excepción,
se la des a Mariadnes.

JOSEFO: ¿Qué dices?

HERODES: Será menor
mi pena mortal sabiendo
que en su compañía voy.
Quitaréle a mi homicida,
con su muerte, la ocasión
del oprobio de mi fama
y desprecios de mi amor.

JOSEFO: Mira...

HERODES: Esto me has prometido;
cualquiera ponderación
disminuirá tu lealtad
y el crédito que te doy.

JOSEFO: Cumpliré mi juramento
aunque si supiera yo
que a tal crueldad se obligara...

Sale EFRAÍM

EFRAÍM: Ya se parte, gran señor,
tu hermano.

HERODES: Y yo consolado
parto a morir. Tu valor
muestra en esto.

JOSEFO: Harélo así.
¿Hay tal determinación?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen HERODES preso, HERBEL, ZAFIRO y JAREL

HERODES: En fin, Faseso me condena a muerte.

HERBEL: Murió Hircano, blasón del Macabeo,
y Marco Antonio, que en Faseso advierte
la amistad y valor, aunque idumeo,
antes que pruebe la dudosa suerte
que contra Augusto le dará el trofeo,
o el imperio del mundo o fin tirano,
rey de Jerusalén nombró a tu hermano;
mandóle que en venganza de que sigas
de Augusto la opinión, con tu cabeza
mengüe parcialidades enemigas
asegurando en Asia su grandeza;
mas él, tu sangre, en fin, si es que te obligas
a repudiar la infanta y su belleza
permite, que autorice su corona
y a Marco Antonio sigues, te perdona;
de manera, que está tu muerte o vida
en tu mano.

HERODES: Mi muerte bien dijeras
si repararas por cuán bien perdida
la dan leyes de amigo verdaderas.
La amistad a la vida es preferida;
la honra da al valor nobles banderas,
contra la infamia del vivir sin ella
el amor, vida y reinos atropella.
Amigo soy de Augusto, que inmutable
en el peligro mi firmeza pruebo;
la honra es mi blasón incontrastable
y eternamente conservarla debo;

mi esposa es Mariadnes, que agradable
 como carácter dentro el alma llevo;
 ¿qué importa, pues, la muerte que aperciben,
 si mi amistad, mi honra y amor viven?

¿Permitiré por una vida infame
 --del mundo oprobio, injuria de los cielos--
 que a mi consorte bella esposa llame
 otro que yo? La sombra de los celos
 me abrasa sola; pues cuando derrame
 de golpe su ponzoña y en desvelos
 se reduzca la afrenta que me asombra,
 ¿qué hará si me atormenta sólo en sombra?

¿Faselo, usurpador, esposa mía,
 viviendo yo, de tus hermosos brazos?
 Ni muerto; pues el cielo no sería
 descanso para mí de eternos lazos,
 si desde allá te viese en compañía
 de otro que yo, le arrojaría pedazos,
 por ser azules, de los mismos cielos,
 para vengar así celos con celos.

Díle que bañe, infame fratricida,
 en sangre de su mano, acero y ojos;
 será la infanta oprobio de su vida,
 de Marco Antonio ilícitos despojos,
 que yo más noble que él mientras que pida
 el mundo al sol su luz de rayos rojos,
 esposo he de llamarme a su disgusto
 de la infanta, y amigo fiel de Augusto.

Sale FASELO

FASELO: Pues morirás, para mayor afrenta
 bárbaro, a vista de tu amada infanta,
 dentro en Jerusalén, porque mi afrenta
 su sed mitigar pueda en tu garganta.
 Llévadle allá, pues que morir intenta,
 y en la plaza del templo antigua y santa,
 un cadahalso haced que cubra el luto
 de sus amores merecido fruto.

HERODES: No le tendrá, tirano, tu esperanza,
 que Mariadnes, que gozar pretendes,
 en mi satisfacción y su venganza,
 conmigo ha de ir, aunque su honra vendas;
 juntos al reino libre de mudanza
 partiremos, crüel; y pues ofendes
 su inocencia, mi amor y al cielo justo...

FASELO: ¿Qué es esto?

Dentro

VOCES: ¡Emperador de Roma, Augusto!

*Música dentro y voces. Sale AUGUSTO
 César como emperador a lo antiguo, laurel en la cabeza,
 bastón y acompañamiento*

AUGUSTO: Gracias al cielo que ya
 no tendré competidor
 que contradiga el favor
 que la Fortuna me da.
 Marco Antonio huyó vencido;
 ampárele la gitana
 tan bella como liviana,
 y recójale en el nido
 de Menfis, que si procura
 defenderle, y allí están
 sus pirámides, podrán
 servirles de sepultura,
 si los pasos no les toma
 mi valor y la presteza
 con que la egipcia belleza
 triunfos me previene en Roma.
 Marchad a Egipto, soldados,
 muera Marco Antonio en él,
 Cleopatra dé a mi laurel
 triunfos de fama doblados.
 Mas ¿qué miro? ¿Éste no es

Herodes, mi fiel amigo?
 Pues ¿qué delito y castigo
 cadenas ciñe a sus pies?
 ¿Faselo no es éste? ¡Cielo!
 Pues ¿cómo será razón
 que Herodes esté en prisión
 y coronado Faselo?
 ¡Bárbaro! ¿A tu hermano prendes?

FASELO: Vueltas son de la Fortuna,
 mudable como la luna.
 No me espanto si te ofendes
 de que de Jerusalén
 la corona me autorice.
 Las partes contra ti hice
 de Marco Antonio, prevén
 rigores que a mi lealtad
 den la pena, que te ofrece
 tu dicha, si la merece
 una segura amistad.
 Que el valor da testimonio
 con que sus leyes guardé;
 que yo honrado moriré
 amigo de Marco Antonio;
 porque no ha querido sello
 mi hermano, está como ves
 con cadenas a los pies
 y con el cuchillo al cuello.
 Su prisión será testigo
 de lo que por leal gano,
 pues tengo en menos mi hermano
 que la opinión de mi amigo.
 Si no te parece mal,
 venga en mí tu pecho airado,
 moriré por desdichado,
 pero no por desleal.

HERODES: Y yo, invictísimo Augusto,
 gozoso que al mundo des
 leyes, humilde a tus pies
 en albricias de este gusto
 la vida doy, que ofrecía

al templo de tu amistad,
 y en fe de aquesta verdad,
 si una nueva cada día
 me diera el cielo, y pudiera
 comprarte de la Fortuna
 un mundo con cada una,
 tantos mundos adquiriera
 a tus hazañas cumplidas,
 que con blasones profundos,
 por darte infinitos mundos,
 perdiera infinitas vidas.

AUGUSTO: La tuya estimo yo en tanto,
 que el que acabo de adquirir
 diera yo por redimir
 amigo que vale tanto.

 Mas, pues los dioses de suerte
 favorecen mi vitoria
 que no han querido su gloria
 disminuir con tu muerte,
 y a tal tiempo te socorren
 con mi venida oportuna,
 pues una misma fortuna
 los buenos amigos corren,
 la adversa llore FASELO
 que a Marco Antonio postró,
 mientras la próspera yo
 gozo y agradezco al cielo,
 haciéndote a ti también
 partícipe del provecho
 como del peligro he hecho.
 Llámeme Jerusalén
 su rey. Tributaria
 acuda a obedecer tu persona.
 Mude sienes la corona,
 pues el cielo reyes muda.

*Quítale a FASELO la corona de laurel y
 pónesela a HERODES*

Y la que en las de éste ves,
 con que tu amor satisfago
 goza; pero dale en pago
 las que atormentan tus pies;
 que cuando Fortuna empieza
 a habitar a quien ultraja,
 la corona en hierro abaja
 a los pies de la cabeza.

En poder suyo te hallé,
 en poder tuyo le dejo;
 haz de él según tu consejo.
 Dale muerte o suéltale.

Y quédate, rey, con Dios;
 que yo al Egipto encamino
 mi gente, que no imagino,
 mientras vivieren los dos,

Antonio y Cleopatra bella,
 que estará mi imperio firme.
 Su monarca ha de aplaudirme
 Roma triunfante con ella.

Nuevas armas aperciben
 y así prenderlos procuro,
 que no hay monarca seguro
 mientras sus contrarios viven.

Vase AUGUSTO César

HERODES: César generoso, espera.

Iré, si gustas, contigo
 liberal y cuerdo amigo.
 No solamente la esfera
 del mundo que has conquistado
 es digno de tu valor;
 la del sol fuera mejor
 que confirmara tu estado.

En sus orbes celestiales
 merece triunfar tu fama,
 la zona que honra su llama
 con sus signos inmortales.

Te ofrezca entre luces bellas
 su Vía láctea, que autorices
 por alfombras y tapices,
 cielos goza y pisa estrellas.

Y pues eres maravilla
 del valor más inmortal,
 quítale al sol su sitial
 si no te asienta en su silla.

Y tú, cuya confianza,
 frágil hiedra de Jonás,
 cuando iba creciendo más
 y alentara su esperanza,
 en llanto tu ambición trueca,
 porque el humano favor
 es una hierba que en flor
 luego que nace se seca.

En un día juez y reo,
 libre y preso, esclavo y rey,
 de la Fortuna sin ley
 oprobio y juego te veo.

Escarmienta en la grandeza
 que hoy en ti abatida ves,
 pues son hierros de tus pies
 el oro de mi cabeza.

Que no importa que bizarro,
 cuando a ser monarca vengas,
 la cabeza de oro tengas
 si al fin son los pies de barro.

En este castillo preso
 te servirán de lición
 los consejos de Solón
 y el desengaño de Crespo;
 que, para poder vengar
 mi injuria y tu tiranía,
 por matarte cada día
 nunca te pienso matar.

Llevadle.

FASELO: Díome el poder
 la mano subiendo yo;
 si la escala se quebró

¿qué mucho venga a caer?
 Haga la suerte inclemente
 prueba en mí, que hasta morir,
 a lo menos en sufrir
 seré más que tú prudente;
 que no irritaré tu furia
 hablando en tu menosprecio,
 porque sé que el preso es necio
 que al juez con la lengua injuria.

*Llévanle. Sale EFRAÍM con una
 carta*

EFRAÍM: Aquésta trujo un correo
 para Faselo tu hermano,
 y siendo el fin inhumano
 que tuvo su reino hebreo,
 huyó de tí, que ignorante
 no le aseguró el temor
 las leyes de embajador.
 Mira si es algo importante.

Toma la carta y lee

HERODES: "Si acaso a tu hermano has muerto
 por casarte con su esposa,
 por ser la honra peligrosa,
 lo que hay en ello te advierto.
 En mujer ausente es cierto
 ser mudable la mejor.
 Josefo, el gobernador
 que diste a Jerusalén,
 a la infanta guarda bien,
 mas no con ella tu honor."
 ¡Cielos! ¡Oh celos! ¿Creeré
 lo que este papel afirma?
 No; porque carta sin firma
 si no miente no hace fe.

Pues ¿cómo satisfaré
sospechas que hace al temor?

Lee

"Josefo, el gobernador,
que diste a Jerusalén,
a la infanta guarda bien
mas no con ella tu honor."

Agora, alma, ¿os acobarda
un papel sin más consejo?
¡Josefo, cielos, Josefo!
¿La infanta y no mi honor guarda?
Vuestra venganza, ¿qué aguarda,
deshonra, pues os han muerto?

Lee

"En mujer ausente es cierto
que es mudable la mejor."
¡Ah, peligros del honor
que os anegáis junto al puerto!

¿De qué, corona, servís,
si ya con afrenta tanta
sois cordel de mi garganta
que a darme muerte venís?
Pisaréos, pues sufrís
agravios de una mujer
sin que os ose más traer
mi cabeza deshonrada,
porque afrenta coronada
echaráse más de ver.

¡Válgame Dios! ¡Que se guarde
con tanta industria la vida
de acero y hierro vestida
tras la muralla cobarde!
¡Que no osando hacer alarde
del oro naturaleza

guarde tanto su riqueza,
 que le sirven las montañas
 de cofres, cuyas entrañas
 aseguran su aspereza!

¡Con naves de nácar cierra
 las perlas que esconde el mar,
 y aun no las puede guardar
 del avaro y de su guerra!

¡Con armas la fértil tierra
 a sus plantas satisfizo,
 archeros de espinas hizo
 contra el interés sutil,
 y hasta la fruta más vil
 vistió el arnés de un erizo!

¡Y que la honra que es suma
 de todo el valor y ser,
 la fie de una mujer
 que es viento, sombra y espuma!

¿Del humo vil, de la pluma,
 confianza se ha de hacer?
 ¿Cómo ha de poder tener
 cargas del honor molestas
 una mujer flaca a cuestras,
 sin que le deje caer?

¡Ah, vil papel, en quien pinta
 la deshonra mis desvelos!

¡Si son veneno los celos,
 veneno es también tu tinta!

La muerte, en suma, sucinta
 me has dado, pero castigos.

¡Ay, renglones enemigos!

En mis manos mas deshonra
 es, rasgándoos, contra mi honra
 multiplicar los testigos.

Rasga el papel y vuelve a coger los fragmentos

Vuelva a cogeros mi afrenta,
 que seré, si roto os dejo,

como quien rompe el espejo
 y en pedazos le acrecienta.
 En vano mi agravio intenta
 vengarse en vos; pero rabio,
 y aunque no es mi furor sabio,
 soy toro, a quien se le escapa
 el dueño y hace en la capa
 demostración de su agravio.

Honra, flor sois que se agosta
 con vientos de una sospecha.
 Celos os da la cosecha
 del amor a vuestra costa.
 ¡Hola! Ensilladme una posta.
 A Jerusalén, engaños,
 que son los instantes años.
 ¡Averigüemos, desvelos,
 si son infiernos los celos,
 lo que serán desengaños!

Vanse. Salen SALOMÉ y ARISTÓBALO

ARISTÓBALO: Bella esposa, ten sosiego.

SALOMÉ: Menosprecios de la infanta
 a mi enojo añaden fuego;
 no ha de ser su altivez tanta
 como la que a ver hoy llevo
 en su ánimo levantado.
 Bastara el ser yo tu esposa,
 cuando no fuera mi estado
 de estirpe tan generosa
 como la que ella ha heredado.

ARISTÓBALO: ¿En qué tu valor afrenta,
 Salomé hermosa, la infanta?

SALOMÉ: En mejor lugar se asienta;
 ni cuando entro se levanta,
 ni cortesana hace cuenta
 de mí. Fui a verla a su casa
 que la sirve de prisión,
 hallándola tan escasa

que su loca presunción
aun las altezas me tasa.

Una vez sola me dio
este título en un hora
que conmigo conversó,
porque soberbia y señora
tantos rodeos buscó
y términos desiguales
para mostrar la grandeza
de sus humos más que reales
que por ahorrar de otra alteza
me habló por impersonales.

Yo colérica, "Ya sobras,"
le dije, "de descortés.
Y ambiciosa fama cobras;
que quien en palabras es
avara, ¿qué hará en las obras?

No hayas miedo que destruyas
bien criada tus grandezas,
pues cuanto más serlo arguyas
y me dieres más altezas,
aumentarán más las tuyas.

Infanta como tú soy,
con tu hermano desposada,
no en menor estado estoy
ni tú tan entronizada
que así me desprecies hoy.

¿Qué imperio romano alcanza
tu ambición, que crece al doble,
y te obliga a tal mudanza,
no campea en el más noble
mucho más la buena crianza?"

Respondióme, "Sí, campea,
mas no con su desigual,
y aunque real tu sangre sea
no iguala a mi estado real,
que eres, en fin, idumea.

Yo, que de Abraham desciendo
y de David he tenido
la corona, que pretendo

por mil años he traído
 la sangre real que estás viendo,
 y si a tu padre hizo el cielo
 rey, dispensando en las leyes
 que hace el poder en el suelo,
 ¿qué sé yo, si guardó bueyes
 en Palestina tu abuelo?"

Levantóse airada y loca
 yendo a responderle yo
 por lo que a su honra toca,
 y descortés me dejó
 con la palabra en la boca.

Mas no importa que si alcanza
 la carta que hoy a Faseló
 le despachó mi venganza,
 satisfacerme recelo
 quitando a la esperanza
 que siendo su esposa tiene
 del solo y real posesión
 que Judea le previene,
 y su loca presunción
 verá en lo que a parar viene.

ARISTÓBALO: Anda, no mires, mi bien,
 en aquesas liviandades.
 Antes, si me quieres bien,
 a renovar amistades
 conmigo a su cuarto ven.

SALOMÉ: ¿Qué dices? ¿Yo, tal bajeza?

ARISTÓBALO: Oye, que ella sale acá.

SALOMÉ: Excusemos su grandeza,
 que el palacio rodeará
 por no intitularme alteza.

Vanse. Salen MARIADNES y JOSEFO

JOSEFO: Tanto te adora como esto.

MARIADNES: Muerte mandó que me dices
 cuando la suya supieses.

JOSEFO: No le es el morir molesto
 tanto como el ver que quedas
 A la tirana elección

de Faseló, en ocasión
 que persuadida de él puedas,
 olvidando la venganza
 de su muerte, ser su esposa;
 que en las mujeres es cosa
 ordinaria la mudanza
 y más en muerte o en ausencia.

MARIADNES: Mal de mí se satisface
 quien tan poco caudal hace
 de mi amor.

JOSEFO: ¿Con qué paciencia
 morirá quien te dio el alma,
 si para mayor castigo
 te casas con su enemigo?

MARIADNES: Nunca dio fruto la palma
 si su consorte la quitan.
 Aunque otro planten por él
 palma soy de Herodes fiel.
 Cuando matarle permitan
 sus enemigos, ¿qué importa
 si no tengo de dar fruto,
 menos que en llanto y en luto,
 a quien mi palma me corta?
 De mi esposo no me quejo,
 puesto que de mi opinión
 no tiene satisfacción,
 antes estimo, Josefo,
 que me mande dar la muerte,
 y cuando él no la mandara
 yo mismo la ejecutara,
 que no es mi amor menos fuerte
 que el de Porcia para hacer
 lo que sus hechos declaran,
 pues cuando dagas faltaran
 brasas supiera comer.

JOSEFO: A tu esposo guarde el cielo,
 que es lo que importa, señora;
 porque, aunque tanto te adora,
 no es tan bárbaro Faseló
 que en su sangre misma bañe

sus manos.

MARIADNES: Hacen los celos
 mil crueldades.

JOSEFO: Tus recelos
 la cuerda prudencia engañe.
 Faselo no es riguroso
 ni de manera terrible
 que el natural apacible
 de su valor generoso
 trueque en hazaña tan fiera.
Ya ves cuán opuestos son
los dos en la condición,
y que quien los considera
 tiene por menos tratable
a tu Herodes que a Faselo.

MARIADNES: Su muerte es la que recelo;
 mas, haga el hado inmutable
 lo que quisiere, que yo,
 viva o muera, determino
 seguir el mismo camino
 que el cielo a mi esposo dio.

JOSEFO: Divierte esos pensamientos,
 no siempre en eso imagines.

MARIADNES: Cuando a eso me determines,
 ¿cómo si mis pensamientos,
 ya duerma, ya esté despierta,
 siguiendo a mi esposo van,
 entretenerse podrán,
 ni qué habrá que los divierta?

JOSEFO: Con ellos mismos podrás
 consolarte y divertirte.
No llegues a persuadirte
que es muerto tu esposo; mas
 imagínate que viene
por rey de Jerusalén,
y por que se haga más bien,
si es que aquesto te entretiene,
 finjamos que Herodes soy,
que habiendo vencido Augusto
a Marco Antonio con gusto

de su vitoria vengo hoy
 a transformar tu tristeza
 en abrazos y alegría,
 que ya suceder podría
 salir mi ficción certeza.

MARIADNES: ¡Ay, que no soy yo, Josefo,
 tan dichosa!

JOSEFO: Deja ahora
 de agorar tu bien, señora,
 y haz esto que te aconsejo.
 Veamos con qué blasones
 sabes darle el parabién
 cuando entre en Jerusalén.

MARIADNES: No sé lo que en tus razones
 hallo que me pronostican
 algún dichoso suceso;
 que me consuelas confieso.

JOSEFO: ¡Así remedios se aplican
 a la tristeza!

MARIADNES: Ahora bien,
 aunque por ser tan pequeños
 como tesoro entre sueños
 después más pena me den,
 por buen presagio he tenido
 tu propuesto pasatiempo;
 ocupemos así el tiempo,
 que en mi esposo no es perdido.

JOSEFO: Salgo, pues, esposa mía.

MARIADNES: ¡Ay, príncipe de mis ojos!
 No con sus reflejos rojos
 alegra el sol tanto el día
 como tu amada presencia,
 en tanto más estimada
 cuanto menos esperada,
 como de la crüel sentencia
 del bárbaro fratricida.

¿Libre, caro esposo, vienes?

JOSEFO: Porque si tú mi alma tienes,
 mal puede ofender mi vida
 quien quitármela pretende,

siendo tú mi esposa bella
el fiel depósito de ella.

MARIADNES: Bueno es, que mi mal suspende,
Josefo, el entretenido
engaño que has inventado.
¡Ay Dios si en ti transformado
mi esposo hubiese venido!

JOSEFO: Podrá ser que profetice
su libertad mi invención.

Sale HERODES acechando

HERODES: (Averiguad, confusión, Aparte
si lo que la carta dice
es verdad, por vuestros ojos,
y satisfaceros de espacio.
Por la huerta de palacio
me han traído mis enojos
a este cuarto, donde espero
apurar mi pena crüel,
aunque si me ofende en él
no es cuarto, sino tercero.
Mas--¡ay, cielos!--no me quejo
sin causa, ni mentís vos,
papel; aquí están los dos
solos, la infanta y Josefo.
Mirad, honra, desde aquí
sustanciar la información
que, puesta en ejecución,
ha de salir contra mí.)

MARIADNES: Pasa, Josefo, adelante;
asegundemos favores,
presagios de mis amores;
que haces muy bien un amante.

HERODES: (¿Qué es esto, cuerdo temor? Aparte
Si favores asegundan,
en los primeros se fundan
mis injurias, ¡ay, honor!
Vuestra muerte llorar quiero;

papel, en creerme me fundo,
 si este agravio es el segundo,
 ¿luego viste el primero?
 ¿Luego ya me han ofendido?
 ¿Luego habláis por evidencias?
 Luego ¡ay, ciegas consecuencias,
 mi muerte habéis conseguido!

"¡Que haces muy bien un amante,"
 dijo! Y un traidor también,
 diré yo, y diré más bien.
 ¿Hay desdicha semejante?)

JOSEFO: Digo, pues, esposa mía,
 que ya bien puedo gozar
 tal nombre, sin recelar
 del que usurparme quería
 el título con que Amor
 hace de sus gustos ley,
 que hoy ha de verme su rey
 Jerusalén.

HERODES: (¡Oh, traidor! Aparte
 ¿El reino me tiranizas?
 ¿Esposa a la infanta llamas?
 ¿Ausente mi boda infamas?
 ¿Torpes bodas solemnizas?
 ¿Esto escucho y tengo seso?)

MARIADNES: ¿Cómo has vencido imposibles,
 dueño amado, tan terribles?

JOSEFO: Dejando al infante preso,
 que tu esposo se llamaba.

HERODES: (Preso imagina que estoy.) Aparte

JOSEFO: Trocó la Fortuna hoy,
 que de mudable se alaba
 su prosperidad, de suerte,
 derribando su ambición,
 que a su reino y pretensión
 dará triste fin su muerte.

HERODES: (Ya imagina que Faseló Aparte
 dio a mi vida fin crüel.)

JOSEFO: Muerto, pues, y libre de él
 no hay de quién tener recelo.

mis ojos, que tu delito
han visto, sirven de firma.

JOSEFO: ¡Señor!

HERODES: ¡Ah, infame sin ley!
¿Señor nombras al que infamas?
¿Mujer a mi esposa llamas?
¿De mi reino te haces rey?

Salen EFRAÍM y HERBEL

EFRAÍM: Gran señor: ya sabe
Jerusalén tu venida;
y alegre y agradecida
de que sobre el trono grave
de su silla te autorice
Augusto César, previene
triumfos, y a besarte viene
los pies.

HERODES: ¡Ay suerte infelice!
Prended a aqueste traidor,
no me entre ninguno a ver,
que mal puedo su rey ser
sin seso, vida y honor.
Cerrad esas puertas todas,
llevadme de aquí esta infame,
ninguno reina la llame,
que el tálamo de sus bodas
será un mortal cadahalso.
Esté en el castillo presa.
¿Qué hacéis villanos? Daos priesa.

JOSEFO: Mira, gran señor.

HERODES: ¡Ah falso!
¡Ah tirana de mi honor,
qué de engaños viles sabes!
Llevadla y dadme las llaves.

MARIADNES: ¿Hay tal crueldad, tal rigor?

Llévanlos, quedándose HERODES

solo

HERODES: ¿Quién creyera, honra mía, que perdida
 por un vasallo, su amistad borrara
 y que una mujer fácil derribara
 la fortaleza vuestra ya abatida?

El interés de una corona olvida
 obligaciones, la belleza rara
 postra amistades, y en la ausencia avara
 el loco a la mujer firmeza pida.

Si el amor y el reinar es tiranía
 que derriba el honor del más prudente,
 y el fuego del amor la ausencia enfría,
 no es mucho que él me agravie y ella afrente.
 ¡Malhaya, amén, el hombre que confía
 de amigo avaro y de mujer ausente!

Sale otra vez EFRAÍM

EFRAÍM: Sal, gran señor, si pretendes
 sosegar la plebe loca
 que se alborota y provoca
 cuando ser su rey entiendes.

Jerusalén, conmovida
 de una nueva extraordinaria,
 a tu corona contraria
 en riesgo pone tu vida.

Tres reyes que en el oriente
 diademas Arabia da,
 y de Tarsis y Sabá
 ciñen nobles cada frente,
 con soberbia ostentación
 y variedad de vasallos,
 dromedarios y caballos
 traen tu corte en confusión.

Reposteros de brocado
 de su recámara real,
 ofrecen al sol sitial
 mejor que el suyo dorado.

Las cargas debajo de ellos,
aunque cubiertas están,
en la fragancia que dan
desde los corvos camellos
odoríferos aromas,
muestran ser de más estima
que el bálsamo que sublima
en Gadir y ofrece en pomas.

Atan el sabeo aroma,
porque ir más süave pueda,
cordones de fina seda,
garrotes de plata y oro.

Y los penachos sin suma
que al aire adulan sutiles,
son portátiles pensiles
que llevan montes de pluma.

Venerable majestad
representa el rey primero,
pagando en plata el enero
los tres tercios de su edad.

El segundo, que retrata
de abril el joven decoro,
censos toma al tiempo en oro,
que después trocará en plata.

Y el tercero más robusto
con el enano se atreve,
bruñido a hacer que la nieve
su color envidie adusto,
pues la bella perfección
de su negra compostura
enseña, con la hermosura
de sus partes, trabazón.

Con esta presencia bella
han entrado todos tres
en tu corte, y dicen que es
su paje de hacha una estrella
que a vista de esta ciudad
se les ha desaparecido,
sin que el sol haya podido
suplirles su claridad.

Y así perdido su norte
 contra la ambición, concluyen
 que hasta las estrellas huyen
 los peligros de la corte.

Síguelos Jerusalén,
 miran las damas sus talles,
 y ellos por plazas y calles
 preguntan a cuantos ven
 adónde está el que ha nacido
 rey de los judíos.

HERODES: Tente.

EFRAÍM: "Vimos su estrella en oriente
 y a adorarle hemos venido."

HERODES: ¿A adorar vienen al rey
 que ha nacido a los judíos?
 ¿Qué aguardáis temores míos,
 celes sin orden ni ley?

No ha un hora apenas que reino,
 y cuando acaba un traidor
 de quitarme el ser y honor,
 ¿me quita un muchacho el reino?

¿Cuándo hubo persona alguna,
 cielos, que nacer rey pueda?

El reino que no se hereda
 le conquista la Fortuna.

Pues ¿quién es éste que ahora
 nace rey y me atropella?
 ¿Quién es éste que a una estrella
 manda ser su embajadora?

¿Éste que con ella avisa
 tres reyes y cortes hace,
 éste que al punto que nace
 coronas de oriente pisa?

Si le viene de derecho
 a la sangre de Judá
 y a mi, idumeo, me da
 Roma el reino sin provecho,
 ¿para qué Augusto me elige?

De David la descendencia
 hereda esta preeminencia;

mas la ambición que me aflige
 no tiene de permitir
 agravio tan evidente,
 el que fuere descendiente
 de David ha de morir.

A Aristóbulo prended,
 que por ser hijo de Hircano
 su derecho tiene llano.

¿No vais?

EFRAÍM: Sí, señor.

Vase uno

HERODES: Poned'
 nuevas guardas a la infanta.

Dad un garrote a Josefo.
 No quede mozo ni viejo
 de la estirpe real y santa
 del rey profeta con vida.

Ponga esto en ejecución
 esa romana legión
 en mi guarda apercebida.

Mi vida importa su fin;
 muera también el senado
 de los setenta que han dado
 tanta fama al sanhedrín.

No quede hombre en Israel
 que sangre de David tenga.
 Aunque fama a alcanzar venga
 a Herodes del más crüel
 que vio el mundo, no haya hombre
 que en el siglo venidero
 si un rey quiere pintar fiero
 no le atribuya mi nombre.

Sangre mi rabia derrame,
 que en ella mi reino fundo.
 Quien crüel fuere en el mundo
 Herodes desde hoy se llame.

Esos tres Reyes de oriente

a mi presencia llamad,
 los escribas convocad,
 no quede escriba o prudente
 en los libros de la ley
 y profeta que no acuda
 a sacarme de esta duda.
 Sepamos quién es el rey
 que encubriéndose de mí
 recién nacido me asombra,
 rey en mi agravio se nombra
 y trae de oriente hasta aquí
 los reyes de tres en tres
 y predominando estrellas
 en todos nace sobre ellas;
 que si acaso Dios no es,
 a pesar de la Fortuna,
 si una vez sé donde está
 túmulo suyo será
 en vez de trono su cuna.

*Vanse. Salen TIRSO, BATO, PACHÓN y
 FENISA*

TIRSO: ¡Válgate Dios por chicote,
 por pesebre y por portal!
 Bato, ¿vistes tal zagal?

BATO: Lindo es, ¡voto a mi capote!

PACHÓN: No nace el blanco cordero
 mientras que la oveja bala
 que vista el vellón por gala,
 más nevado que un enero.
 No regocija el cabrito
 recién nacido al pastor
 por las peñas trepador
 de rojas pintas escrito;
 ni el corzo, o simple ternera,
 mientras que los pechos goza
 cuando a la madre retoza
 en el soto o la ribera,
 dan tanto gusto, pardiez,
 como el chicotillo bello.

FENISA: No hago sino ir a vello
y apenas, Pachón, hay vez
que me aparte de él, que luego
me aquillotro por volver
a verle.

TIRSO: Debe de ser
el dios de amor.

PACHÓN: Ése es ciego.
Mas estotro sus dos ojos
como dos candelas tien,
par Dios, dichosa es Belén
en gozar tales despojos.

TIRSO: ¡Y que un pesebre sea cuna
de quien lleva al sol ventaja!
Cuando le vi entre la paja,
Pachón, voto a mi fortuna,
que quitándome el pellico
en somo de él se le eché,
sólo entonces envidié
del rey el toldo más rico.

BATO: ¿En el heno estaba echado?

TIRSO: ¿No has visto cuando conservas
entre la paja las servas
o el níspero coronado,
la camuesa con su flor,
que trae en ambas mejillas
cual dama las salserillas
a pares de la color?
Pues la competencia es baja,
porque no hay camuesa o serba
entre la atocha o la hierba
como el chico entre la paja.

PACHÓN: Yo cuando vi su hermosura
le dije, "¡Pardiez, garzón,
que quien en la paja os pon
para comer vos madura,
y pues en Belén os dan
a cuantos os quieren bien,
si es casa de pan Belén
creo que sois el Dios pan

que para que mos hartéis
de la troj del cielo abaja,
pues como pan en la paja
hermoso grano nacéis!"
Debió entender mi simpleza
el tamaño.

FENISA: ¿Cómo así?

PACHÓN: Porque se rió de mí,
meneando la cabeza
que los rayos del sol dora.

BATO: Qué, ¿se rió?

PACHÓN: Y juntamente
llorara creo agua ardiente,
pues me abrasa y enamora.

FENISA: ¿Y la madre?

PACHÓN: Ésa es la luna,
el sol, el alba, el ciprés,
la flor, la palma en Cadés,
la Fénix que sola es una.

TIRSO: ¿Y el padre?

PACHÓN: El Jusepe es
esposo de niña tal,
padre del bello zagal.

TIRSO: Para en uno son los tres.

PACHÓN: ¡Y el buey, Bato, y el borrico!

FENISA: En eso habías de parar.

PACHÓN: ¡Par Dios! que le quise dar
mil besos en el hocico.

 ¿Pues el mancebete hermoso
que de alas y plumas lleno
el cielo volvió sereno
y más que el sol relumbroso
que en aquella noche o día,
alegró nuesa majada
con la divina embajada?

BATO: ¡Pardiobre, que parecía
un ángel!

FENISA: Si era ángel,
¿qué mucho lo pareciese?

PACHÓN: ¡Aha! ¿Mas que no se cayese

volando?

TIRSO: ¿No era Luzbel,
el otro que por roín
le echoren?

BATO: ¡Desdicha brava!

FENISA: Garridamente volaba.

PACHÓN: Era de Dios volatín;
mas ¿qué hué lo que cantó?
Porque yo, por San Mingollo,
que tengo fraco el meollo
y no me acuerdo.

BATO: Ni yo.

TIRSO: "Gloria a Dios en las alturas,"
nos cantó el bello rapaz;
y luego, "en la tierra paz
a las humanas criaturas."

PACHÓN: Gloria a Dios, paz a la tierra
nos cantó; decís verdad.

TIRSO: Y de huena voluntad.

BATO: ¿Luego ya no ha de haber guerra?

TIRSO: Si es el Mesías el chico,
según Josef le da el nombre,
her cuenta entre Dios y el hombre
paz perpetua.

PACHÓN: Del borrico,
Bato, yo estó enamorado.
¡Oh, quién en él se volviera
y en el pesebre estuviera
junto del zagal atado!
Pardiez, porque no llorara,
que le había de arrullar,
y en vez, Bato, de cantar,
sospecho que rebuznara.
De parto estaba Fenisa,
que el día que me casé
como huevo la dejé
de dos yemas, dando prisa
por las torrijas, y yo
que goloso me comía,
Bato, más que la freía;

luego que el ángel cantó
 la gloria y paz de aquel modo,
 enamorado del son,
 sin alzar el cucharón
 salí con sartén y todo,
 y alegróme de manera
 en la voz, plumas y cara,
 que cro, si entonces bajara,
 que las torrijas le diera.

Sale LISENO

LISENO: Pastores: si queréis ver
 lo que no sé encareceros,
 ni es bien por no deteneros,
 volvé al portal que ha de ser
 más que el templo celebrado
 que a Dios labró Salomón.
 Venid, veréis el garzón
 de tres reyes adorado,
 que piden que los despache
 para sus reinos con gozo:
 prata el buen viejo, oro el mozo,
 y el tercero es azabache.
 Perdióseles una estrella
 que les mostrara el camino,
 cuando a ver la corte vino,
 y ellos, a escuras sin ella,
 a Herodes hueron a hablar,
 preguntando por un reye
 que ha nacido y nuesa ley
 diz que viene a mejorar.
 Lleno el crüel de alboroto,
 pidió que a adorarle fuesen
 y por allí se volviesen,
 porque él humilde y devoto
 quería adorarle también;
 pero lo que de esto saco...
 --¡Que Herodes es un bellaco!--

Salió de Jerusalén
 de los tres la trinca bella,
 y apenas el campo pisan,
 cuando contentos divisan
 otra vez la hermosa estrella.

Y guiados al portal
 venturoso de Belén,
 aquel brinco de Dios ven
 de oro, nácar y cristal,
 en los brazos del aurora
 que tal bello sol encierra.
 Cada cual postrado en tierra,
 los pies le besa y adora,
 y de oro, mirra y encienso,
 tributo le van a dar.

Mas ¿cómo oso yo contar
 ni medir lo que es inmenso?

El portal que reverencio
 es éste del Dios de amor,
 vedle y callad, que es mejor
 que la lengua aquí el silencio.

*Descúbrese un portal de heno, romero y paja,
 lleno de copos de nieve, y en él la adoración de los
 REYES como se pinta*

FENISA: ¡Hermosa apariencia a fe
 y de fe a lo que imagino,
 que este aparador divino
 por misterio le tendré!

TIRSO: Postrado el rey viejo está
 a los pies del Dios de amor.

BATO: Es del cielo emperador,
 por eso los pies le da.

PACHÓN: ¡Dichoso el que en tales leyes
 emplea alma y corazón!

FENISA: No vi en mi vida, Pachón,
 igual cuatrinca de reyes.

PACHÓN: Como es de amor la baraja,

gana el cielo el que aquí envida
el corazón y la vida.

TIRSO: ¿Cuatro reyes sobre paja?
 ¿Ay tal cuatrinca? ¿Ay tal juego?

BATO: Y son los reyes presentes
 de manjares diferentes.

PACHÓN: Es verdad, porque a ver llevo
 que el uno, que en negros pastos
 y toscos reina, será
 el rey de bastos.

TIRSO: ¡Verá
 qué gallardo rey de bastos!

PACHÓN: El viejo de reales ropas
 que en la copa al niño ofrece
 el incienso, me parece
 que se llame el rey de copas,
 y el mozo que sus tesoros
 rinde al chico y oro abate,
 de eterna ley y quilate,
 llamarse puede rey de oros.

TIRSO: Pues el niño, si a vencer
 viene al mundo y el pecado
 de nuesa flaqueza armado,
 rey de espadas vendrá a ser.

PACHÓN: Antes lo viene a ser todo,
 que Dios que el alma me abranda,
 hoy profetizar nos manda,
 y así digo de este modo,
 que si la divinidad
 que encubre es el oro rico
 que disfraza en el pellico
 de nuesa mortalidad,
 y es infinita la ley
 del oro de su riqueza,
 según su naturaleza,
 de oros el niño es rey.

FENISA: Después, cuando se desangre
 en el huerto, y el temor
 de la muerte y su rigor
 le obligue a que se dé en sangre,

bañando flores y ropas
 y el cáliz de mi ventura
 beba en copa de amargura,
 será entonces rey de copas.

TIRSO: Otro manjar le señalo
 cuando se eclipse la luz
 del sol y sobre la cruz
 el triunfo le entre del palo.

Que si allá su reino muda,
 y con tal basto deshace
 las culpas, contra quien nace
 rey de bastos es, sin duda.

BATO: Mísero quien le provoca
 y en desgracia suya caiga,
 cuando de dos filos traiga
 la espada puesta en la boca,
 que las almas condenadas
 eternamente al volcán,
 por su desdicha sabrán
 que este niño es rey de espadas.

Sale NISO

NISO: Pastores: el que tuviere
 hijo al pecho de su madre,
 para que el vivir le cuadre
 escóndale, si no quiere
 que el furor de un rey tirano,
 lobo de tiernos corderos,
 bañe en leche los aceros
 de su cuchillo inhumano.
 Degollar los niños manda
 que de dos años abajo
 paguen en risa el trabajo
 de sus madres, y en demanda
 de la inocencia pueril,
 andan verdugos crüeles
 cortando tiernos claveles
 que apenas sacó el abril.

Sin que con él aproveche
el llanto que los socorre;
por las calles sangre corre,
y entre ellas cándida leche.

Poco los ruegos importan
de las madres, que en sus brazos
los lloran hechos pedazos,
porque los pechos los cortan
para quitárselos de ellos,
y sus gargantas segando
la leche que están mamando
vuelve a salir por sus cuellos.

De este milano crüel
esconded vuestros polluelos,
que sin admitir consuelos
sus hijos llora Raquel.

FENISA: ¡Ay desdichada de mi!
Un niño de trece días
tengo, y de las penas mías
consuelo. Amigos vení
y en las peñas le escondamos
que en estos montes están,
que, en fin, más blandas serán
que aqueste tirano.

PACHÓN: Vamos.

TIRSO: No es bien que en pámpanos podes
el majuelo de Israel,
tirano rey.

FENISA: ¡Huego en él!

PACHÓN: Es un tigre.

FENISA: Es un Herodes.

Vanse. Salen HERODES, HERBEL, JABEL y OTROS

JABEL: Sosiégate, gran señor.

HERODES: ¿Cómo queréis que sosiegue
quien la vida, el reino y honra
a un tiempo y a un punto pierde?
¡La vida un traidor me quita,

la honra una mujer leve;
el reino, que aún no he gozado,
un niño que me atormenté!
Hidrópico estoy de sangre,
más sed tiene quien más bebe.
Dejad que me harte en ellas
y aplaque este fuego ardiente.
Mueran todos, pues que muero,
y traspase en mí la muerte
toda la jurisdicción
que sobre los hombres tiene.
No ha de quedar de David
hombre o niño en quien conserve
la esperanza que ha fundado
el reino sobre su especie.
La parca soy de las vidas,
cortaré en pámpanos verdes
los sarmientos que en Judá
para atormentarme crecen.
Prometiéronme volver
en hallando los tres reyes
a este niño portentoso
que han adorado sin verle;
mas, pues que me han engañado,
y mi propósito aleve
conocen, pues temerosos
a avisarme de él no vuelven,
paguen en él mis agravios
todos cuantos inocentes
a los pechos de sus madres
su amor alimenta en leche.
Podrá ser que muera entre ellos
el triunfador del oriente
que, naciendo coronado,
cetros pisa y reyes vence.
Bañe en su sangre el cuchillo
el que mi vasallo fuere,
porque el fuego en que me abraso
puedan mitigar sus fuentes.
De dos años tengo un hijo

que, engendrado en Mitilene,
de la sangre de Judá
derecho a este reino tiene,
mas degolladle también
para que ninguno quede
exento de mi furor,
pues él pasa por sus leyes.

JABEL: Catorce mil y más niños
degollados enternecen
las piedras, que con su sangre,
no piedras, cera parecen.
¿Un niño te hace temblar?
Monarcas rindes, ¿y temes
la inocencia de un infante?

HERODES: Niño no, gigante fuerte
es quien gigantes conquista;
si recién nacido puede
postrar reyes a sus plantas,
¿qué hará, vasallos, si crece?
Dejadme morir matando,
nadie me hable ni aconseje;
rey soy, púrpura de sangre
es la que mi rabia quiere.

*Sale MITILENE con un niño en los brazos
vestida a lo bizarro, de judía*

MITILENE: ¿Cómo es posible, señor,
que a tu mismo hijo sentencias
al riguroso cuchillo
de los verdugos crüeles?
¿Tu misma imagen deshaces?
Llega en este espejo a verte,
que de tu misma sustancia
con mis brazos se guarnece.
La amada vida le diste,
¿qué dirá de ti el que viere
que lo que una vez has dado
avariento a quitar vuelves?

Tu misma sangre derramas,
 sangra, médico imprudente,
 la vena del corazón
 que en fuego de mi amor hierve.

*Sale otra JUDÍA con otra criatura en los
 brazos*

JUDÍA: Cielos, ¿cómo permitís,
 si es que os preciáis de clementes,
 tan bárbara crueldad?
 ¿Qué Falaris, qué Diomedes
 hizo tal? Tirano rey,
 ¿qué hazañas a honrarte vienen?
 ¿Qué triunfos te immortalizan?
 ¿Qué injurias te hacen que vengues?
 ¿Posible es que los balidos
 de este cordero inocente
 no enternecen tus entrañas
 y tus ojos humedecen?
 Mátame a mí, deja un niño
 que apenas en el oriente
 de su vida ve la luz
 cuando se pone en la muerte.

Quitales los niños de los brazos

HERODES: Soltad, enfadosas madres,
 los amorosos joyeles
 que vuestros pechos adornan
 y a más venganza me mueven;
 retratos de aquel infante
 que a usurpar mi reino viene.
 Lobo soy, corderos busco,
 vuestra sangre me sustente.
 Espigas sois de David,
 en berza es razón que os siegue.
 Racimos sois de Judá,

vendimia ros quiero en ciernes.
 ¿Lloráis? Pero ¿qué me espanta?
 También los sarmientos verdes
 lloran antes de dar fruto.
 Flores sois de almendro fértil,
 yo cierzo que por tempranos
 me manda el rigor que os seque,
 mi rabia que os despedace,
 mi pena que os atormente.
 ¡Ojalá que entre vosotros
 aquel infante estuviese,
 de mi frenesí la furia
 causa y principio inclemente!
 Satisficiera mi hambre
 con las manos, con los dientes,
 porque con su corazón
 mi enojo hiciera un banquete.
 Pero supliréis por él,
 y serviréis en mi muerte
 de ofrenda, como corderos;
 morid, pues Herodes muere.

Vase

MITILENE: Pedid venganza, hijo mío,
 al cielo.

JABEL: Tiernos claveles,
 a Dios vuestra sangre clama.
 Hijos, pedidle que os vengue.

*Sale EFRAÍM y descúbrese muerto HERODAS con
 dos niños desnudos y ensangrentados en las
 manos*

EFRAÍM: Murió el bárbaro rabiando
 y ahogando los dos Abeles.
 Se libró Jerusalén
 de sus tiránicas leyes.

Sirva su vista de espanto,
y demos fin con su muerte
a su inaudita crueldad
y lástima a los presentes.

FIN DE LA COMEDIA